

Luis Jiménez de Aberasturi

CASILDA MILICIANA



Casilda Hernáez Vargas ha pasado a la historia como «Casilda, la miliciana», a pesar de que ella nunca terminó de aceptar ese apelativo y prefería ser considerada como combatiente o revolucionaria. De hecho, la de miliciana no fue sino una de sus facetas, pues también destacó como activa sindicalista, pionera del feminismo y propagandista de una vida en contacto con la naturaleza.

Nació en San Sebastián, en 1914, y desde su adolescencia participó en el movimiento libertario. Durante la huelga de 1934, fue detenida cuando transportaba explosivos en una cesta, y aquella «chica de la cesta» o «chica de las bombas», como la llamaban, fue condenada a 29 años de prisión. Recobró la libertad en 1936, gracias al triunfo del Frente Popular, y llegó a San Sebastián a tiempo de participar en la resistencia popular que hizo fracasar la sublevación militar en la ciudad.

Este libro recoge su escueto testimonio sobre una trayectoria vital que la ha convertido en una figura mítica.

CASILDA MILICIANA

HISTORIA DE UN SENTIMIENTO

Luis Jimenez de Aberasturi

EUZKO-IZAT

CARNET DE CIUDADANÍA
CARTE D'IDENTITÉ
BASQUE CITIZEN

Don *Casilda*
Hernamez
nacido el *9 - abn*
né le *9 - abn*
en *San Sebastián*
à *San Sebastián*
profesión *costurera*
profession *costurera*
con *Hernamez*
avec *Hernamez*



Luis Jiménez de Aberasturi

CASILDA, MILICIANA

HISTORIA DE UN SENTIMIENTO

Portada original: astidiseinua.com, a partir del «carnet de ciudadano vasco» de Casilda, expedido por el Gobierno de Euzkadi.

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

CONTENIDO

CASILDA, BREVE SEMBLANZA

EL ORIGEN DE ESTA OBRA

I. PRIMEROS PASOS

II. LA REPÚBLICA

III. GOLPE DE ESTADO Y CONTIENDA CIVIL

IV. EXILIO

A Yolanda

Porque la historia leída se limitaba a recopilaciones de nombres y fechas copiados de otros libros que a su vez habían sido espiados de documentos.

Consuelo García
Las cárceles de la soledad real.

CASILDA, BREVE SEMBLANZA

Casilda Hernáez Vargas¹ nace en la Casa Cuna de Fraisoro (Zizurkil, Gipuzkoa) el 9 de abril de 1914.

Madre navarra, Valcarlos. Familia de origen inca.

Infancia dura.

Afincada en el barrio donostiarra de Eguía.

Ingresa en las Juventudes Libertarias. Destaca por su actividad revolucionaria durante los acontecimientos de octubre de 1934.

Detenida cuando transportaba material explosivo y propaganda ilegal, es juzgada en el Gobierno Militar de San Sebastián –actualmente palacio Goikoa– y condenada a veintinueve años de cárcel. De la prisión militar del fuerte de

1 Casilda era hija de soltera. Su hermana Adela, en una conversación mantenida con el autor en febrero de 2009, relató que la militante anarquista lo supo al ser detenida por primera vez, cuando la Policía realizó los trámites para ficharla. Más adelante, su padre la reconoció, de ahí que en algunos documentos conste como Casilda Méndez Hernáez. A pesar de ello, ella siguió utilizando habitualmente los apellidos de la madre. [Nota del autor]

Guadalupe, en Hondarribia, pasó a la prisión de Alcalá de Henares, de donde saldría en libertad después de las elecciones de febrero de 1936, en las que triunfó el Frente Popular.

En el tren en el que regresaba a San Sebastián se topó con Félix Liquiniano, que también acababa de ser excarcelado. Ya no se separarían hasta la muerte de éste, acaecida en 1983.

Al recibir la noticia del intento de golpe de estado, se incorpora al Grupo Liquiniano, que combate en las calles de San Sebastián, cuarteles de Loyola, Peña de Aya y Frente de San Marcial, hasta la pérdida de Irún.

Pasa a Francia, desde donde vuelve a atravesar la frontera para dirigirse a Barcelona, incorporándose a la Columna Hilario Zamora, en el Frente de Aragón. Toma parte en el ataque a Almodévar.

Regresa a Barcelona y se hace cargo de los Talleres Confederales de Confección, labor que abandona para reintegrarse al frente, a la 153 Brigada Mixta.

Terminada la Guerra Civil, parte al exilio en Francia. Pasa por los campos de Argelés-sur-Mer y Gurs.

Durante la Segunda Guerra Mundial, fija su domicilio en Lorient. Participa activamente en la lucha contra los alemanes.

Su casa será el refugio donde puede esconderse y alimentarse cualquiera que milite contra el fascismo.

Félix Liquiniano, con quien se casa formalmente en 1964,

apoyaría a los primeros militantes de ETA que cruzaron la frontera. Casilda sería la que se tendría que ocupar de toda la infraestructura.

Su pasado revolucionario tal vez nos lleve a clasificarla equivocadamente. Casilda fue una mujer que no simpatizaba con ningún tipo de uniforme. No se conoce ni una sola fotografía suya vestida de miliciana, a pesar de que en el frente de Aragón alcanzó el grado de teniente.

Era una mujer que no admitía ni deseaba la utilización de la violencia. Eso sí, cuando no hay otra solución, cuando la fuerza de los acontecimientos le obliga a tomar las armas, no duda en colocarse en primera línea de combate. Pero antes había destacado por su defensa de la igualdad de los derechos entre el hombre y la mujer. Había sido, asimismo, propagandista de una vida en contacto con la naturaleza; practicó el nudismo en la playa de Gros donostiarra (1935) y la alimentación natural.

Pasarían la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial, pero ella seguiría ayudando hasta su muerte, acaecida el 31 de agosto de 1992, en la residencia Tricaldi de San Juan de Luz, a cualquier persona que se viese perseguida por su actividad revolucionaria².

Se la conoció como «Casilda, la miliciana», pero fue algo más.

2 «Casilda Hernáez murió en Biarritz en 1992. Entre sus enseres personales se halló una modosa cajita de costura. En su interior había un revólver y una caja de balas. Decididamente ‘la niña de las bombas’ fue hasta el día de su muerte una mujer de armas toman). Estebaranz, Jtxo: *Breve historia del anarquismo vasco*, Txertoa, Donostia, 2011.

EL ORIGEN DE ESTA OBRA

Mi primer contacto con Casilda fue en Biarritz, en el año 1977. En aquella ocasión, mi entrevista era para Félix Liquiano³ y Manuel Chiapuso⁴. Casilda, con gran discreción y después de

3 Félix Liquiniano Hériz (1909–1983) nació en Eskoriatza, aunque pasó su infancia en Arrásate y, joven, se trasladó a San Sebastián. Ingresó en la CNT en los albores de la II República, después de haberse bregado en los ambientes libertarios clandestinos. Conoció a Casilda en 1936. Ya no se separarían. En 1936, su liderazgo fue decisivo para abortar la sublevación franquista en la capital guipuzcoana y hacer frente en Peñas de Aya (Aiako Harria, en lengua vasca) a las tropas del coronel Beorlegui. Tras la caída de Irún, tuvo que atravesar la frontera del Bidasoa, pero no tardó en reincorporarse a la lucha, en Aragón y Cataluña. Con la derrota de la República, engrosó las filas del exilio. Afincado en Biarritz, junto a Casilda, a finales de los 50 fue de los primeros veteranos en contactar con la nueva oleada de refugiados vascos, que hicieron reverdecer sus ansias revolucionarias. Una de sus tallas en madera terminaría por convertirse en el conocido anagrama de ETA del hacha y la serpiente. Pilar Iparragirre escribió en lengua vasca un libro fundamental sobre Félix Liquiniano en el que, lógicamente, también hay espacio para Casilda. IPARRAGIRRE, Pilar: *Félix Likiniano. Ezina ekinez egina*, Txalaparta, Tafalla, 1994.

4 Manuel Chiapuso Hualde (1912–1997) nació en Donostia, en el seno de una familia de gran raigambre libertaria. Ocupó diversos cargos tanto en la CNT como en organismos republicanos. Fue, por ejemplo, representante confederal en las conversaciones con el lehendakari Aguirre para estudiar la posibilidad de que la central sindical se integrase en el Gobierno de Euzkadi. Concedió siempre gran importancia a la cultura y a la difusión tanto de las ideas como de la memoria libertaria. Promovió y dirigió publicaciones como *Crisol*, *CNT del Norte* y *Horizontes*. Fue profesor de literatura y dio a la luz libros como *El impertinente andariego* o *Las incertidumbres del doctor H*. En el ámbito de las memorias históricas, destacan *La Comuna de San Sebastián* (donde tanto Casilda como

una serie de comentarios críticos sobre lo que me estaban relatando Félix y Manuel, nos dejó solos.

Aquella primera charla y otras dieron lugar al libro que hice con mi hermano Juan Carlos y que se tituló *La Guerra en Euskadi*⁵.

Poco tiempo después, y contando con la valiosa ayuda de Manuel Chiapuso, intenté, con el mismo fin, realizar una entrevista a Casilda. Ella se negó en repetidas ocasiones. Su respuesta era siempre la misma: «No creo que a nadie le interese mi testimonio y menos sobre unos hechos ya antiguos que casi nadie recuerda».

Después de mucho insistir y argumentar, y siempre gracias a la ayuda de Manuel, la entrevista pudo llevarse a efecto en 1980. Volví a Biarritz, conecté los aparatos e inicié la grabación. Casilda rogó a Félix –que comenzaba a intervenir– que desapareciese, y de aquella charla nació este libro, cuya primera edición se remonta a 1985.

Luis Jiménez de Aberasturi

Liquiniano adquieren gran protagonismo) y *El Gobierno Vasco y los anarquistas*, que Txertoa volvió a publicar conjuntamente en 2009 bajo el título *Los anarquistas y la Guerra en Euskadi*, que, dicho sea de paso, también incluye el texto de Luis Jiménez de Aberasturi *Casilda, miliciana*.

5 Jimenez De Aberasturi, Luis M.a y Juan Carlos: *La Guerra en Euskadi (3a edición revisada y ampliada)*, Txertoa, Donostia, 2007. Incluye testimonios de Miguel de Amilibia, Sabino de Apraiz, Luis Arbella, José Miguel de Barandiaran, Julio Caro Baroja, Manuel Chiapuso, Félix Liquiniano, Joseba Elosegí, Alberto Onaindia, Ramón Ormazabal, Luis Ruiz de Aguirre y Martín de Ugalde.

I. PRIMEROS PASOS

Yo nací, como tantas personas en este mundo, de padre desconocido. Mi madre me dio a luz en un sitio de esos oficiales, técnicos, según me ha dicho mi hermana. Una casa fría que descomponía a todas las pobres madres que hacían hijos sin permiso de la autoridad. Además, yo creo que la vida no la hacemos nosotros mismos, que surge a pesar nuestro. Nos creemos algo importante y que decidimos todo. Yo no lo creo. De recién nacida debía salir de Fraisoro⁶ a los dos meses, pues a las madres que dan a luz hijos de padre desconocido las hacen trabajar varios meses gratis para pagar los gastos ocasionados durante su estancia en la casa cuna.

El medio ambiente debe influir en el nacimiento. Como los reyes nacen príncipes, las personas que, como yo, nacieron de una madre cuya familia era de origen anarquista y bohemio siguen impregnadas del sello que les ha circundado desde el primer momento. No creo que yo haya desmerecido para nada el origen de mi familia.

⁶ Ubicada en Zizurkil, la Casa Cuna de Fraisoro fue creada en 1903 por la Diputación para atender a niños abandonados y madres solteras de Gipuzkoa. En su tiempo, fue sin duda una institución pionera. Hasta que este servicio se extinguió en 1994, por Fraisoro pasaron cerca de 12.000 menores. García Magriná, Eva: *Fraisoroko amak, Fraisoroko haurrak*. Larramendi Kultur Bazkuna, Zizurkil, 2011.

¿El entorno de mis primeros años? Aquellos que se acuerdan de los primeros años de su infancia son niños que vivieron una infancia feliz en medio de una familia reconocida y querida.



Casilda con 7 u 8 años junto a su madre

Del padre no guardo ninguna impresión. Se ha borrado de mi conciencia. De la madre, sí. Ha sido una especie de joya. Ella también provenía de madre bohemia, de esas que vivían en los carromatos de aquella época. Se había unido con un carabinero –creo que entonces se llamaban de otra manera– y, claro, ella tenía un carácter muy diferente del que tienen las madres y los padres casados legítimamente.

El carabinero la dejó con cinco hijos. De ahí que mi madre, de muy joven, tuviera que ir a servir a San Sebastián.

Mi madre era una cosa superior. No puedo compararla con ningún otro ser. Trabajó incansablemente no sólo para sacarnos adelante a nosotros –nuevos hijos nacieron del matrimonio–, sino incluso para tener ella una personalidad que la sociedad le negaba por haber sido madre soltera.

* * *

Una mujer que sale de la familia para ir a trabajar de criada, interina, cocinera –mi madre sabía guisar bien– se encuentra con posibilidades diferentes de las personas que llevan vida común o corriente. Sus reacciones son también distintas de lo que se puede pedir a una madre casada según la ley. Esto parece un poquito complicado, aunque es sencillo. Las reacciones de las personas, como las de los animales, en un medio u otro, son desiguales. Un ejemplo: un animal encerrado en una jaula da a luz a un cachorro que reacciona diferentemente a otro nacido al aire libre y en estado salvaje.

Tengo de ella un recuerdo gratísimo, como seguramente pocas personas tienen de sus respectivas madres. Además del sentimiento, puede ser que, al verme mucho más atada a la madre que al padre sin saber por qué sí y por qué no, jugaba otro factor: mi madre me cuidaba mucho más a mí que a los otros hijos que tuvo cuando se casó. El hecho es que yo no sabía que me había tenido de soltera. Nunca me lo había confesado. Pero su gran afecto, sus preocupaciones y su desvivirse por mí me ataban sólidamente a ella. Incluso cuando

yo iba a la escuela y hacía alguna barrabasada o corría novillos, ella me lo pasaba con mucho amor. Y no sé, yo creo que esas madres en ese aspecto son mucho más venerables. Sin ninguna clase de conciencia especial, salvo la de madres que tienen una obligación: la de defenderse de una sociedad que las margina y las obliga a permanecer medio ocultas, mientras defienden a sus cachorros de esa sociedad. De ahí que se muestren luego como verdaderos modelos y no como malas mujeres, según la sanción popular, muy poco identificada con los motivos de encontrarse madre soltera. Por eso no puedo reprochar nada a mi madre, ni en lo que respecta al cariño, ni en lo que respecta a la condición social. Nada absolutamente. Para mí, ella ha sido una persona de lo más perfecta, incluso en su moral. ¿Cómo reprocharle algo? Si consiguió que mi padre, cuando se casó con ella, a pesar de que me diese su apellido, me cogiese bajo su tutela, como si fuera verdaderamente una hija más. Y lo era.

Veía por mí. «Si Casilda lo ha hecho, está bien hecho». Pero, antes, mi madre tuvo que valerse sola, pasar verdaderas angustias de tipo moral y material. Ahora que soy mayor la comprendo bien. Tanto más cuanto que, en los momentos dramáticos en que se ha visto envuelta por mi culpa, en situaciones en que yo la he visto detenida por mis actividades, nunca negó que yo fuese su hija y que, además, se sintiese orgullosa de mí. Jamás me ha reprochado mis actividades sociales o revolucionarias. Menos aún ha renegado de mí, como hacen muchas madres cuando sus hijos se meten en camisas de once varas.

* * *

Mis primeros años fueron como los de los demás, me imagino. Y como lo serán los años venideros, un devenir instintivo y sentimental. En la familia de mi madre ha dominado más la cosa sentimental que el cerebro. No había ninguna clase de instrucción mínima. Exagero al calificar de ninguna clase de instrucción. Pertenecía a lo instintivo, a lo pasional, a lo sentimental. La mayor parte de las gentes no pueden comprender ese comportamiento.

El sentimiento es un privilegio. Y el hecho de vivir mucho más de sentimiento que de realidades sólo es posible en familias privilegiadas. Son precisamente los sentimientos o los sentimentalismos los que mueven al mundo. Los que siguen los movimientos cerebrales, éstos, van cometiendo cantidad de desacatos –mucho, muchos– y esperemos que al fin cometan el definitivo.

Como colegios, he frecuentado las escuelas públicas, en las que no se aprendía nada o lo mínimo. No obstante, eso sí, se aprendía una pose intelectual, de ciudadano de tercera o de cuarta clase. En aquellas escuelas, no sé si ahora seguirán siendo así –creo que habrán rectificado el tiro–, se impartía una instrucción de lo más somero: aprender a leer, a escribir, a contar –yo no he aprendido convenientemente– y, sobre todo, a rezar. Al entrar y al salir. Era ritual. Nada importaba que se rezara con las manos puestas encima de los pies, rascándose los tobillos o sacando las cenizas de las uñas. Lo interesante era murmurar, hacer que se rezaba.

En esta escuela pública, de pedagogía tan deficiente, la parte religiosa llegaba a ser traumatizante. Porque, para que no fuera así, la religión debería haberse enseñado en colegios especializados, escuelas o conventos, o lo que sea. Todos aquellos que iban a una escuela pública estaban obligados a aprender a rezar oraciones de las que no comprendían el sentido. Eso significaba para muchísimos miles un acto traumatizante. Era mi caso. En casa no había ningún creyente. Ni padres, ni hermanos, ni tíos; nadie, nadie. Para que no se produzcan esos efectos desastrosos en las mentes de los niños, las personas que quieren tener una progenitura creyente deben llevarlos a lugares especializados. Si no, resultará que les saldrán, pues eso, falsos creyentes, como hay tantísimos falsos y falsos doctores.

Siempre es falso orientar las vidas. Ahora bien, imaginarse que entre el entorno familiar y la educación que se me daba en las Escuelas de Atocha⁷ se producía un choque no es la realidad, a causa de una maestra. Me explicaré. Nuestra vida familiar era completamente desprendida, nada sujeta a principios educativos. No imperaba ningún arraigo cristiano y cosas de éstas. En la escuela que se llamaba laica, la profesora de la que hablo era considerada como republicana. En realidad no lo era. Mujer simpática. En su casa todos iban a la iglesia, los hijos eran bautizados, pero, a pesar de todo, tenían un fondo de rebeldía que les hacía calificar de republicanos. No sé si lo

⁷ El edificio de las escuelas de Atocha se construyó en los primeros años veinte, en sustitución de otro preexistente. Cuando los sublevados tomaron Donostia, lo convirtieron en Hospital Militar General Mola. Todos los esfuerzos del Ayuntamiento, incluso de las corporaciones franquistas, para que le fuera devuelto resultaron vanas. En los 80 y los 90 se transformó en cuartel de la Policía Nacional. Hoy está integrado en el complejo de los juzgados.

era, pero en aquella época estimar a alguien republicano era la expresión más violenta.

Pues bien, esa profesora no nos hacía la lección de Historia Sagrada, como en otras muchas escuelas. Por eso, con esa profesora, no había choque entre escuela y familia. En casa reinaba una gran indiferencia en este aspecto. Primero, por no tener gran cultura que nos permitiera profundizar el fenómeno de la religión y, segundo, porque lo que nos preocupaba esencialmente era cómo podíamos ganar el pan.

* * *

En mi hogar no había ideas políticas. Todo lo que he conocido en mi vida ha sido antipolítico o apolítico. A mi madre y mis tíos, a todos, ya desde niña, yo les veía venir a casa a discutir y animarse mutuamente.

Además, siempre he confiado en las gentes de paso. Vivíamos en San Sebastián, en Eguía. En aquella época –no se puede comparar a la de ahora–, quienes tenían que escaparse de la represión y del servicio militar –servicio al rey– hacían kilómetros a pie para poder pasar la frontera. Hoy, a esos hombres se les llamaría objetores de conciencia o resistentes.

Nuestra rebeldía o resistencia familiares no venía de cualquier ramita que nos había salido con la República. No. Ya venía desde hacía tiempo. Venimos de abolengo con ese carácter específico. Mi abuela, gitana, vivía en un carromato, como las gitanas que viven aún en Navarra. Se casó, como ya

he dicho, con uno de esos que cuidan la frontera, ¿cómo se llaman?, carabineros, ¿no? Tuvo familia numerosa: tres chicos y dos chicas, en total, cinco.

Resulta que los chicos le salieron... de jolé! La hija mayor no salió monja, sino peor que monja. Son mucho mejores las monjas que llevan hábitos que aquellas cristianas que no se sabe cómo se van a comportar. Era una familia magnífica, de esas que tienen todos los colores. Los hermanos, todos prófugos. Ninguno hizo el servicio militar. Estuvieron escondidos en Vitoria. La hermana mayor estuvo siempre en casa de burgueses.

Mi madre tuvo la suerte o la mala suerte, quiero decir, de tropezarse con un «raspabarbas»: tuvo que vivir con él, criarme a mí y a otros tres hijos más. Dos desaparecieron y nos quedamos nada más que mi hermana y yo.

Cuando se murió uno de los hermanos de mi madre en Vitoria –era en tiempo de la Monarquía–, fue uno de los primeros entierros que se hicieron sin cura, y me parece que llevaba el féretro la bandera de la CNT. Creo recordar que al entierro fue un gentío enorme, de parados y no parados. Por lo que yo oí contar, esa ceremonia fue una maravilla. Entonces yo ya era un poco grandecita.

Ese hombre había estado durante años y años en las Cercas Bajas de Vitoria, trabajando de carpintero o ebanista con otro hermano, tío mío también, viviendo con su madre –mi abuela–. Cada vez que venía la policía, mi abuela se encargaba de avisarles. Así se escapaban por la puerta de atrás o por la

ventana que algún vecino les abría o por el patio que daba a otra calle. Siempre había un motivo de solidaridad en favor de estas gentes, que, a pesar de ser anarcoides, estaban muy bien consideradas en ese barrio bastante viejo de Vitoria, las Cercas Bajas, su nombre mismo lo dice. Luego se construyó el barrio de las Cercas Altas, que ya es diferente. Ahora ya no sé cómo estará eso, pero en aquel tiempo sí había una gran solidaridad con quienes estaban marginados por el hecho de no haber cumplido el servicio militar. La moral y el espíritu de la sociedad en aquel entonces eran muy diferentes a como son ahora. La solidaridad no sólo existía entre los oprimidos, sino que, en este caso, participaban también los dueños de la casa donde vivía mi abuela. Me imagino que serían leales y sinceros –o qué serían–, pero eran gentes completamente de iglesia. Todos los que rodeaban a mi familia eran «iglesia» y todos sabían que mi madre, mi abuela, mis tíos, todos eran antiiglesia.

Mi familia representaba ya en esa época lo que luego fue la República: un desbordamiento del espíritu anticlerical. Este espíritu se volvió popular y general. Salieron cantares y revistas en cantidad, cosas que durante la Monarquía solamente las cantábamos o me las cantaban al oído, o se las cantaban al otro al oído. Y cosas así que se hacen bajo la manta, ¿no? Con la República, el desbordamiento anticlerical se transformó en fenómeno general.

¿Cómo definir este fenómeno? Es muy complicado. Quizá no lo sea, en sí, por ser muy popular y, al mismo tiempo, casi... cómo diríamos... normal. Se hizo tan popular la antiiglesia que sobrepasó con creces toda idea a este respecto. Incluso gentes

que eran totalmente católicas y de iglesia, dóciles al régimen monárquico y todo eso, se pusieron a la moda. Eso pasa ahora también y pasa siempre en épocas agitadas. Las gentes se ponen a la moda y ésta suele traer generalmente verdaderas catástrofes. ¿Por qué? Porque se ha sobrepasado y deformado el sentimiento popular. Se aprovecha la ocasión para desbordar todo aquello que el pueblo quisiera que fuese. Así se desvirtúan todas las cosas y, cómo diría yo, todos esos fenómenos hacen perder la sucesión lógica de los acontecimientos históricos.

* * *

Hay que tener en cuenta que el pueblo está dominado por sentimientos. Y a pesar de que siempre ha sido así, a pesar de que dominase un régimen u otro, el pueblo ha tenido siempre un sentimiento humano, humanista, si se quiere decir. El pueblo, sea católico, sea lo que sea, es el pueblo ingenuo. Tiene eso de bueno. Por mucho que se le haya engañado, por mucho que se le haya llevado a derecha e izquierda y por caminos determinados, siempre ha sido sentimental. Y eso no se puede negar ahora mismo...

En aquel entonces se proclamó la República. Esta degeneró en todos los sentimentalismos sociales. El pueblo se creía que había llegado al máximo de la libertad. Todos se dieron a su pasión, porque, cuando hay gentes que se declaran apátridas y que hacen todo lo imaginable para no ir con la República por ir más lejos, quiere decir que el pueblo tenía un sentimiento

particular y que los gobernantes no pensaban, ni remotamente, en contar con él para nada.

II. LA REPÚBLICA

Mi forma de pensar en ese umbral de la República no tenía ninguna significación especial. No era más que un sentimiento de lo que era la familia. Esta no se había adaptado, por ser de origen bohemio, al fundamento de actualidad impuesto por los gobiernos. Hay que tener en cuenta que yo no poseía ninguna clase de pensamiento político. Yo no hacía más que seguir el transtrán de lo que era la familia.

Cosa normal, pues a mí no me podía decir la familia lo que era República o Monarquía.

En 1931 no había en mí más que obediencia hacia la familia. De ahí que yo actuara instintivamente. No era cosa premeditada, ni nada. Algo totalmente familiar, algo se había hecho carne de mí, en sangre. Iba a decir que también en el cerebro, pero no. Éste no participaba para nada en esa época de sentimientos. Y se comprende. El ver que la familia andaba poco menos que a salto de mata, yo, sin pensarlo ni dejarlo de pensar, no puedo decir el porqué de mi ideología, por ser instintiva. Declarar por qué sí y por qué no sería absurdo y

presuntuoso. Nada hice por pensamiento, absolutamente nada. Considero que las personas no tenemos el cerebro dispuesto para analizar. Al contrario, el sentimiento está dispuesto a producirse y no a analizar. Pensar que los seres humanos piensan en esto o en lo otro –o que piensan en lo que nosotros creemos– es mentira. Las personas nos dirigimos en una dirección determinada por sentimientos, no por cerebro. Nuestro cerebro, sobre todo el de personas que no han tenido orientación y educación particular, sólo sigue la dirección programada por la especie. Lo demás es cosa de filósofos o de quienes estudian, leen... en fin, creo que ya os daréis cuenta... de lo que quiero decir.



1931. Sucesos de Ategorrieta en que la guardia civil abrió fuego contra pescadores de Trintxerpe.
En este tipo de protestas, actuaba Casilda.

Así, pues, yo fui a la CNT instintivamente. Yo no sabía que mis

tíos pertenecían a ella. Nada sabía. Sin duda era algo de nacimiento. Imposible analizar, por lo menos para mí, el hecho de que yo me dirigiese a esa central sindical. Siendo todavía adolescente, recuerdo las broncas que recibía de mi madre cuando llegaba a casa de madrugada después de estar en el sindicato. Solamente cuando le decía que había estado en la CNT se calmaba. Esta es la verdad. Cuando le decía «mamá, he estado en la organización», ella preguntaba malhumorada «¿en qué organización?». A la respuesta de «en la CNT, dónde voy a estar, pues en la CNT. ¿Qué otra organización hay que te tenga hasta la una de la mañana a las chicas jóvenes...»? Yo me daba cuenta de que a mi madre esto la volvía mala, se sentía mal. Yo no podía comprender entonces por qué. Se sentía verdaderamente inquieta por pertenecer yo a la CNT, porque sus hermanos todos pertenecían a ella. Desde los tiempos en que la CNT era clandestina –lo que supe luego– y que toda la familia era de la CNT, menos el marido de mi abuela, que era carabinero, sí, carabinero.

En la CNT, como ahora, yo no era más que una comparsa que creía hacer algo, sin ninguna pretensión de ser ni sobresaliente en nada. Era simplemente una persona que apoyaba a la CNT, porque tenía sentimientos de humanización internacionalista y que me parecía una maravilla de idealización. Me parecía la cosa más sublime ser internacionalista obrera u obrerista, como queráis. En aquella edad y en aquella época, ser internacionalista era para mí lo superior. Algo que salía de lo mediocre por ser sentimiento humanista superior.

Alguna vez me ha venido la idea de pertenecer al Partido Co-

munista por simpatía a la Revolución rusa. Pero no he ido más adelante, la idea no se ha plasmado. Probablemente por aquello de dos y dos son cuatro, por aquello de las marchas y manifestaciones urbanas, que recordaban a las procesiones religiosas, el apetito de uncirme a él se me cortó... No sé si era por el afán de obrar a favor de la humanidad entera. Me cuesta analizar aquellos sentimientos míos en esas circunstancias, pero, instintivamente, me parecía que la finalidad del Partido Comunista era cortar los impulsos naturales de los individuos. Entonces me preguntaba: ¿será posible que yo me acoja a otro ideal? Ahora ya no. Todo eso pasó y veo verdaderamente que no me equivoqué. Y no me equivoqué porque, de pertenecer a unas ideas limitadas a pertenecer a una cosa universal, me parece que hay una distancia tan enorme que hoy día, desde luego, lo veo de otra forma completamente distinta.

* * *

¿El papel de la mujer? ¡Jolín! Desde luego, sí estaba la mujer cenetista en la lucha social como el hombre. Éramos poquitas, pero poníamos todo. Al principio estábamos entregadas a lo que entonces se llamaba la lucha o la causa. Ya luego se convirtió, además, en lucha feminista, que nada tiene que ver con la lucha sufragista.

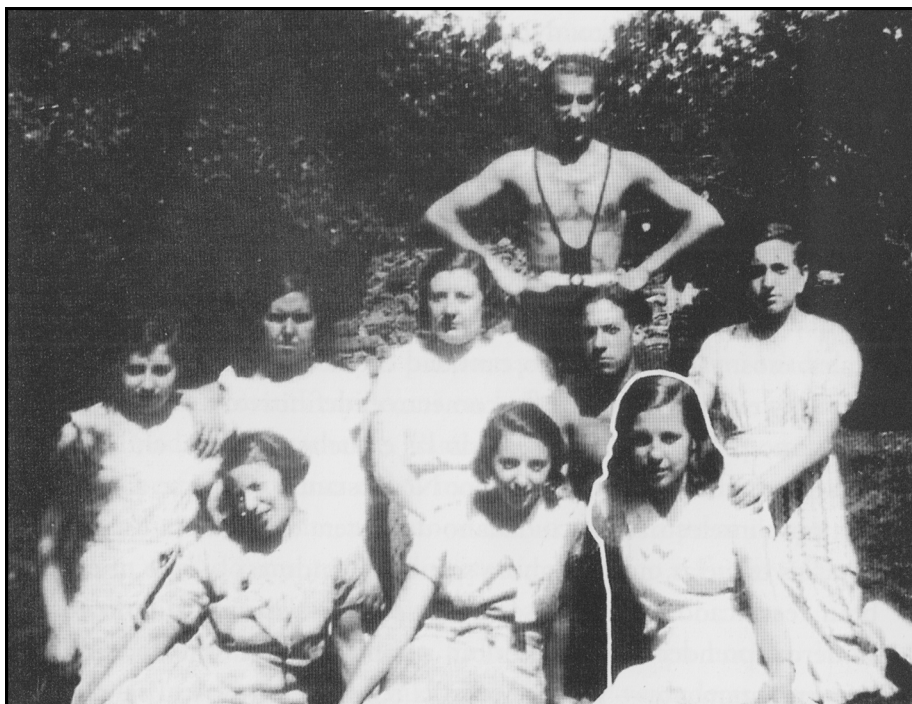
Cada vez que había una huelga en un taller –ya existían talleres que sólo ocupaban a mujeres–, porque se les pagaba mucho menos que si fueran hombres, allí estábamos nosotras.

Había un sexismo pronunciado en los patronos. En esos talleres había no sólo chicas jóvenes, sino también madres con varios hijos, obligadas a trabajar con salarios bajos para mantenerlos. Y encima tenían que atender a la familia. El marido solía, generalmente, ganar poco.

En resumen, era una vida muy diferente la de entonces de la de ahora. Hoy también existen madres que deben trabajar para ayudar al presupuesto familiar y para que los hijos tengan escuelas o esto y lo otro, pero entonces la sociedad era mucho más... pobre y más solidaria.

Esto que hablamos me va recordando –ya lo había olvidado, porque en mi vida ha llovido mucho– que a la patronal no le gustaba que las obreras fueran a sindicarse en la CNT, por ser el coco. Y, si se afiliaban a ella, les recomendaban que rompieran el carnet cenetista; si no, las amenazaban con perder el empleo. Entonces intervenía la CNT, incluso declaraban la huelga en ese establecimiento, obligando así al patrón a reconocer esa organización, como lo hacía con la UGT.

Las compañeras venían a nuestra organización, porque era una época de lucha, de verdadera lucha sin cuartel, incluso por conservar un triste carnet. ¿Qué es un carnet? Para aquellos patronos cerriles, de mentalidad antediluviana, un carnet sindical significaba algo como una derrota. No obstante, algunas que se habían afiliado rompían el carnet antes de perder el puesto de trabajo, pero, a pesar de todo, solían ir al sindicato, a escondidas del marido. Iban allí porque encontraban un calor humano, un espíritu de solidaridad, que no se encontraba en ningún otro organismo.



Casilda con 15 años con un grupo de compañeros, posiblemente de la CNT

¿Y eso por qué? Porque nosotras nos lanzamos a una lucha no sólo social, sino también humana por la liberación de la mujer.

Hay que tener en cuenta que el problema de la mujer estaba menos definido de lo que lo está ahora. Entonces era mucho más pasional lo de la emancipación femenina. Se la englobaba más bien como ser humano y no sólo específicamente femenino. Digo como ser humano, porque en aquel entonces las mujeres éramos, no voy a decir de lo más bajo, pero sí de lo más utilitario que se pueda pedir. Más. No solamente utilitario, sino también marginal. La mujer era un ser de lo más olvidado, se la consideraba menos que a cualquier animal doméstico o, mejor dicho, como a cualquier animal doméstico utilizable,

¿entendéis? Ésas son cosas que la gente de ahora no puede comprender.

Fueron las primeras luchas feministas que salieron, y no olvidemos que ya estaba muy avanzada la decadencia de la República. Las mujeres, nosotras, en Mujeres Libres⁹, empezamos ya a organizar y a tener una cantidad de cosas que hoy, 40 años más tarde o más, no tienen las francesas ni las irlandesas, ni ningún país de la Europa del Norte. Aun siendo éstas tan libres, no tienen lo que nosotras teníamos al final de la República. La formación de Mujeres Libres obtuvo el aborto, el divorcio y todas esas cosas, naturalmente. Pero, además, una personalidad para la mujer que hoy día van consiguiendo ciertas individualidades femeninas, conocidas universalmente como seres humanos y como seres excepcionales. Para que el gesto de estas mujeres se hiciera general, había que modificar la educación que se prodiga a las niñas, que tanto influye luego sobre la mujer.

Volviendo a este movimiento femenino, debo decir que, aunque creado por la CNT, había adquirido su independencia. No estaba enclavado en ningún tipo de organismo político, como se suele decir, pero la mayor parte de esas mujeres militaban en movimientos libertarios, feministas y todo aquello que comporta libertad. Mandábamos nosotras mismas en nuestra organización y, si alguien quería meterse a mandar, salía mal parado.

El movimiento femenino en San Sebastián era casi, casi, más

⁹ Mujeres Libres, organización feminista del movimiento libertario, fundada en abril de 1936, aunque, lógicamente, sobre la base de iniciativas preexistentes.

que nada un movimiento de reivindicación social. Quiero decir, la posibilidad de poder trabajar aquí o allí, recuperar un poco más de jerarquía en los trabajos y todas esas cosas. Luego ya se fue ampliando y, al ampliarse, se confundió todo: lo que era movimiento femenino y movimiento reivindicativo obrero y social. No pude hacer un buen análisis, porque yo era muy joven y porque mi actividad –ya lo he dicho– fue siempre secundaria, aunque en primera línea.

Digo secundaria, porque no tenía la apariencia de dirigir la organización, pero son esas gentes secundarias las que la llevan, por su dinamismo y pasión. Yo siempre he acompañado a los amigos y compañeros de aquella época, pues a hacer sabotajes y otras menudencias. Siempre sin más importancia. Y, como yo, muchas compañeras. Y lo hacíamos porque queríamos poner un granito de arena en el engranaje de la independencia y de la solidaridad obrera, internacional.

Nunca he tenido un papel especial.

Lo que no recuerdo exactamente es si la mujer en Euskadi o en Guipúzcoa, en esa época de la República, tenía conexiones con Cataluña, con Madrid o con los movimientos libertarios o feministas del resto de Europa. Creo que sí, que los tenía con el resto de Europa y de España. En fin, de todos modos, nosotras teníamos independencia absoluta y sin ninguna relación en ese terreno específico con los compañeros de cualquier clase de organización. Creo que sí teníamos relaciones internacionales, porque, además, hay que tener en cuenta que todos esos pequeños movimientos –empezaron siendo pequeños– llegaron a ser grandes porque tuvieron conexión internacional.

Y aunque nosotras no tuviésemos ninguna intención de hacernos internacionalistas, aunque siempre ha habido internacionalismo en nuestros sentimientos, los otros movimientos feministas siempre acudían allí donde había cualquier brote feminista.

El movimiento feminista existía desde hacía muchos años en Inglaterra, en Norteamérica, en Francia y en otros sitios. Era pequeño, como el nuestro, pero lo vivíamos como si fuera grande. Aunque en realidad era pequeño.



Casilda, poco antes de la contienda

* * *

El ir yo a la cárcel vino naturalmente, como resultado de hechos gobernados por el instinto y no por la reflexión. Lo he dicho ya, en mi existencia juvenil e infantil resultó que me vi envuelta, vamos a llamarle así, envuelta, en esa organización sindical como una satisfacción enorme. Toda mi familia, incluso mi madre, no es que me apoyase, pero a todo decía amén. «Muy bien, hija, muy bien, has hecho muy bien».

Cuando me detuvieron la primera vez, ¡vaya...!, a mi madre le pareció una maravilla. Su hija laboraba por la humanidad. Al fin y al cabo, mi madre no se daba cuenta de que no era más que una criatura y que seguía las debilidades de lo que había sido toda su familia. Debilidades, sí. No se pueden llamar de otra forma.

Esa primera vez me detuvieron por una huelguita que hicieron las compañeras de la fábrica de corchos. Claro, nosotras éramos tan inteligentes y tan sabihondas que fuimos a pegar fuego a pilas de corcho, a apelar a las esquirolas, en fin, cosas de éstas.

Hay otros muchos detalles de una pequeñez y de una insignificancia que no se pueden contar. Yo sé que interesarían a mucha gente estos movimientos huelguísticos. En la penumbra de mis recuerdos aparecen las huelgas de los discos Columbia, de la casa inglesa Regal, la de las hojas de afeitar La Palma –por lo menos se decía la huelga de La Palma–, la huelga de las zapaterías. Hablo únicamente de huelgas de mujeres.

Nuestra vida era muy activa. Siempre atenta a los encuentros con la policía o con los coches ballena de los de asalto. Yo

consideraba los movimientos huelguísticos y la actividad de los guardias de asalto completamente normal.

Las huelgas de los hombres eran mucho más duras que las de las mujeres.

Nuestra actitud era de tal firmeza, de poner tal pasión por ganarlas, que yo creo era el sùmmum en la materia. Hacíamos verdaderas barrabasadas y, entonces, nos parecían sublimes. Ahora digo que son barbaridades. Y muchas. Contra la Guardia Civil, contra los guardias de asalto, porque entonces estaban los de asalto. Me cuesta hacer historia de esa época tan remota y tan complicada.

* * *

La segunda detención fue más grave. Era natural. Se trataba de una huelga revolucionaria, así, con una erre bien grande. Una huelga revolucionaria en octubre de 1934. Ya unos días antes me había escapado en el último momento de la detención, cuando fuimos los de la CNT a recoger las pistolas distribuidas por los socialistas. Para nosotros, cenetistas, eso era una bendición, porque siempre estábamos soñando con armarnos.

Un camión, junto a la fundición Ibarreta, no lejos de la Tabacalera, cargado de pistolas, las distribuía a quienes nos presentábamos. Yo iba con Casimiro Aguirre, el operador que

proyectaba los filmes del casino Kursaal. Se nos había adelantado Ignacio Chiapuso, camino del barrio de Gros, para esconderlas en un lugar señalado. Llevaba un paquete bastante pesado y nosotros dos también uno cada uno. Cuando llegamos a la calle Iztueta, oímos una ensalada de tiros y, a poco, vimos aparecer a Ignacio corriendo como un desesperado. Al pasar a nuestro lado, nos gritó: «¡La bofia!». Detrás de él, subimos a la vía del ferrocarril para escapar a los policías. Luego nos contó lo que le había sucedido. Cerca del cine Trueba, junto al domicilio del Partido Radical Socialista, un policía le encañonó: «¿Qué lleva en ese paquete?». «Pues mire usted mismo». Y le puso el paquete en el brazo que tenía libre el policía. Al peso, el policía bajó la pistola y, entonces, el aludido puso pies en polvorosa perseguido por tres policías que tiraban como en pleno Chicago.

Había que meter la mano en la masa de la huelga revolucionaria, ¿no? Me tocó el placer de empezar primero por repartir pasquines y octavillas. Luego tuve que ayudar a montar las barricadas, más o menos formales, que nada tenían que ver con las famosas de París, que ni los cañones podían con ellas. Finalmente, me pusieron a distribuir material, digamos, bélico. Todo esto en pleno estado de sitio, de guerra. Iba yo con una cesta repartiendo pasquines. Claro está, los pasquines eran un pretexto. Pronto se empezó a hablar de «la mujer de la cesta». ¿Por los pasquines? No. La cosa había pasado a mayores. Empezaron a estallar bombas aquí y bombas allá. Ya lo he dicho, yo siempre de ayudante o, ¿cómo se llama eso?, de auxiliar. Sola, nunca he tomado iniciativa. Ahora creo que la tendría, pero muy poca.

Resulta, pues, que uno de los días de huelga me detiene la policía:

–¿Qué llevas ahí? ¿Pasquines?

Yo le dije que huevos. Sin segunda intención. Me cogieron la cesta, la miraron superficialmente y un tal Manzanos, homónimo del policía que luego mataron en Irún¹⁰, dijo:

–¿Y aquí abajo qué llevas?

–Pues, no sé. Sí, llevo comida para los perros y aquí no sé lo que llevo.

–Ven, ven y no hagas ningún aspaviento.

Todos los que estaban en la calle se dieron cuenta de que me habían detenido y es que la gente, sin querer ponerse a nuestro lado, estaba verdaderamente con nosotros, ¡¡¡todo el mundo!!!, sobre todo en el barrio de Gros. Este barrio era nuestro hasta la médula, pues nuestro domicilio social había estado varios años en la calle Bermingham. Luego nos fuimos a la calle Larramendi.

Me llevaron, pues, detenida. El interrogatorio consiguiente. La policía estaba interesada por saber a dónde iba a llevar la bomba y si había llevado yo las otras, las que habían estallado en diferentes puntos. Yo no declararé nada, ni a dónde llevaba las bombas, ni nada, y que la dirección la había olvidado.

10 Melitón Manzanos González (1909–1968), jefe de la Brigada Político–Social de Gipuzkoa, considerado uno de los máximos exponentes de la represión franquista. Falleció en Irún, en el primer atentado mortal planeado por ETA.

-No sé cómo no te descalabro por mentirosa -dijo Manzanás.

¿Resultado de esta aventura? Un tribunal de guerra me echó nueve años por los pasquines y veinte más por el artefacto.

Estábamos en estado de guerra y las penas se multiplicaban por un coeficiente elevado. Y aquí una anécdota curiosa que muestra bien la vanidad de las cosas y lo efímero de las situaciones.



Libertarios saliendo del cuartel de Loyola, tras el golpe de mano que les permitió hacerse con el armamento

Cuando en julio de 1936 un grupo formado principalmente por gentes de las Juventudes Libertarias asaltamos el cuartel de Loyola por la parte trasera¹¹, me encontré de sopetón con un teniente que componía el tribunal de guerra que me juzgó. Al verme, cambió de color. Yo me hice la desentendida. No me gusta hacer leña del árbol caído. Se había quitado los galones, estaba sin afeitar, con el uniforme en estado calamitoso.

* * *

Me condujeron al fuerte de Guadalupe¹², fuerte que entonces servía de prisión para oficiales del Ejército. El 30 de

11 Fue una acción sonada. Mientras los militares se rendían a las autoridades republicanas a la puerta del cuartel, los anarquistas, liderados por Liquiniano, que había hecho el servicio militar en Loyola y conocía bien el terreno, penetraron por detrás y se hicieron con las armas de las que hasta entonces habían carecido, con el consiguiente enfado por parte de las fuerzas del Frente Popular, a las que apenas les tocó nada en el reparto. Casilda participó en la operación, y fue entonces cuando, entre los militares que habían decidido ya rendirse, encontró a uno de los que le habían condenado.

12 El fuerte está situado en el monte Jaizkibel, a unos 200 metros sobre el nivel del mar, junto a la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe, en el término municipal de Hondarribia. Al concluir la Tercera Guerra Carlista (1876), el Gobierno vio la necesidad de reorganizar las defensas de la zona, por una parte, de cara a prevenir un ataque desde el otro lado de la frontera y, por otra, para garantizar un buen control del territorio en caso de un nuevo levantamiento legitimista. Así surgió el proyecto de Campo Atrinchado de Oyarzun, que, sobre el papel, estaba constituido por una red de ocho fuertes. De ellos, sólo tres llegaron a construirse: San Marcos (1888), Txoritokieta (1890) y Guadalupe (terminado en 1900, tras una década de obras). Este es el más grande, capaz de albergar 69 piezas de artillería y una guarnición superior a los 600 soldados. A pesar de ello, los progresos de la artillería hicieron que, como sus «hermanos», quedara obsoleto incluso antes de que fuera inaugurado. En algunos períodos fue utilizado como prisión, tal y como testimonia el caso de Casilda. El Ejército lo abandonó en 1974 y el Ayuntamiento de Hondarribia lo adquirió en 1989. SAEZ, Juan Antonio: *Gotorlekuak Gipuzkoan*, Gipuzkoako Foru Aldundia (Bertan bilduma), Donostia, 2003.

agosto habían llevado allí, arrestado por motivos de disciplina, al general Gul Yustem¹³. La prensa no dio más detalles. Llegamos en cuatro autobuses la escolta y los detenidos.

La llegada fue de verdadera comedia, cosa de película. No había nadie para recibirnos. El comandante del fuerte estaba fuera. Cuando llegó, al verme, dijo:

–¿A qué me han traído aquí a una mujer, estos policías?

Dirigiéndose a ellos:

–¿Para qué tenéis que traerme a una mujer?

Yo estaba tumbada en el suelo y me puse de pie. Entonces exclamó:

–Esto no es una mujer. Es una niña. ¿Qué años tienes tú, pequeña?

–Veinte años.

13 Aunque incluso en el original aparece el nombre de Gul Yustem, debe de tratarse de algún tipo de error de transcripción o, quizá más probablemente, según apunta el autor, de una denominación jocosa cuyo origen o significado hoy se nos escapa. Casilda se refiere sin duda a Gil Yuste, quien, por las fechas que señala, fue arrestado en dos ocasiones (uno y dos meses, respectivamente) a raíz de sus manifestaciones antirrepublicanas. Germán Gil Yuste (Valencia, 1866–Madrid, 1948) era un veterano de Filipinas, Cuba y Marruecos; director de la Academia General Militar de Toledo. Se alineó con la dictadura de Primo de Rivera. Tras el advenimiento de la República, pasó a la reserva. En julio de 1936 se encontraba en Vitoria, e inmediatamente se puso a las órdenes del general Ángel García Benítez, líder de la sublevación en Álava, que lo nombró gobernador civil. Pero pronto fue llamado para ocupar más altos cargos, concretamente como vocal y secretario de Guerra de la Junta de Defensa Nacional, es decir, la institución o gobierno franquista que adquirió todos los poderes en la zona bajo control de los sublevados.

–Pues parece que tienes dieciséis.

Todos los compañeros¹⁴ me hacían toda clase de gestos y de señas para decirme que no tuviera miedo, como si tuviesen posibilidades de hacer algo por mí. El caso es que en el fuerte no sabían dónde meterme. Por fin, el comandante decidió:

–A esta niña habrá que ponerla a dormir con los niños.

Con los niños, ¡sí! Resulta que me pusieron a dormir con tres guardias de asalto.

Yo me senté en la esquina de la cama, con las piernas encogidas estratégicamente –ya me había acostumbrado a la palabra estrategia–. Uno de ellos me habló:

–¿Tienes miedo, pequeña? ¿Tienes frío? Pues no te apures, tú no tienes más que venir donde mí.

Otro guardia, más serio –porque siempre hay uno más serio–, intervino:

–Nada, pequeña. No te apures.

Y dirigiéndose a su compañero:

14 En una rara entrevista concedida al semanario *Punto y Hora* en 1987, Casilda recordaba que en el fuerte encontró «muchos nacionalistas, todos chicos jóvenes de Acción Vasca». Cuando el periodista le hacía notar que a menudo hablaba muy bien de ANV, ella contestaba: «Sí, sólo faltaba que no se hablase bien de ellos. Al principio [se refiere ya a 1936], los de Acción Vasca eran los únicos que estaban en la calle dando la cara con nosotros. Yo creo que fue la decisión de estos nacionalistas la que obligó a los conservadores del PNV a tomar parte en la acción. De otra forma, todavía estaríamos preguntándonos dónde estaban». Urrutia, K. (seudónimo de Martin Anso): «Casilda, una vida de lucha por la dignidad humana», *Punto y Hora*, del 7 al 14 de mayo de 1987.

–Deja a la pequeña, hombre, que esté tranquila.

Al día siguiente me quedé dormida como un tronco. Era natural después de haber vivido tres o cuatro días sin poder dormir y comer convenientemente, a salto de mata. Allá, entre sueños, sólo oí la diana por el corneta.

Me desperté. Efectivamente, los tres guardias de asalto se estaban marchando. Entonces vino un soldado con un uniforme que yo no conocía y me dio dos pesetas. Yo no quería aceptarlas, pero, como insistía, le dije:

–Déjelas ahí si quiere.

–Tengo una hermana de tu edad y, si le pasara alguna cosa como la que te está ocurriendo, en casa sería la desolación, ¡pobre madre!

Por fin me dejó las dos pesetas. Poco después, llegó otro soldado y, antes de que empezara a hablar, le propuse:

–Coge esas dos pesetas que me las han dejado para mí.

El joven las cogió encantado.

El fuerte de Guadalupe, prisión militar, no tenía las condiciones de vida indispensables para abrigar a tantos detenidos y menos para una mujer. Prisión para jefes y oficiales del Ejército, organizaron nuestra vida como pudieron.

Ya me pusieron a dormir en una habitación separada de otra por una puerta de cristales. En ésa vivía un oficial. No teníamos

ningún contacto, aunque nos podíamos ver. Luego le quitaron a él de allí y le pusieron en otro sitio.

El espíritu de los soldados que nos custodiaban y guardaban el fuerte no era como el de los carceleros. Siempre estaban deseando prestarme un servicio. En cuanto a los compañeros, no hay que decir nada. Casilda para arriba y Casilda para abajo. En este aspecto, la estancia en el fuerte no fue tan desagradable, gracias al comportamiento de los soldados y de los detenidos. Todavía había algo de respeto a la personalidad humana. Las mujeres no eran violadas, como luego ha sido moneda corriente en el régimen franquista. Los hombres no eran brutalizados bárbaramente.

El día del juicio me condujeron al Palacio de la Audiencia de San Sebastián. El tribunal lo componían tres oficiales, entre ellos, el teniente que luego encontré en el cuartel de Loyola, roto y vencido. En él había desaparecido la arrogancia del juez que me consideraba como mujer peligrosa. Qué modo de argumentar y de tratar con desparpajo de leguleyos las realidades del pueblo que no admitía ser sometido a la categoría de pobre de solemnidad. Además, el tribunal tenía prisa.

Sin duda, el condenar a tantos revolucionarios le obligaba a trabajar a destajo. Fue expeditivo. Y salí con 29 años encima –nueve por los pasquines y veinte por las bombas–.

La vuelta al fuerte ya no fue como la ida. En mis espaldas pesaban esos años, por mucho que me dijera a mí misma que no cumpliría totalmente la condena. Para colmo, el día estaba

triste, el paisaje menos verde que de ordinario. Faltaba la luz y mi subjetividad oscurecía aún más el panorama entrevisto a través de las ventanillas de la furgoneta.

Y luego los días transcurrieron lentamente hasta que se efectuó mi traslado a la cárcel de mujeres de Madrid.

¡Ah, San Sebastián! ¡Qué recuerdo más grato! Me hizo un recibimiento apoteósico al pasar el tren de Madrid por la estación. El pueblo salió a despedirme con ¡¡¡vivas!!!, y ¡¡¡vivas!!!, que resonaban en mis oídos como música salida del trasfondo de las células humanas para homenajear a la criatura que yo era. El pueblo me quería, ese pueblo por el cual yo había comenzado a luchar con la esperanza de que pronto nos sentiríamos libres y forjaríamos nuestro propio destino.



1936. Trabajadoras de Tabacalera

Qué sé yo la cantidad de chucherías que me entregaron. Entre la gente que llenaba los andenes estaban los de la Ta-

bacalera. Yo tenía un tío que trabajaba allí. La fábrica en pleno vino a despedirme y me gritaban:

–Casilda, ¡ay, ay, ay! ¡Con los años que tienes!

Me estimaban; no era una heroína, sino una mártir. En sus mentes, yo había crecido enormemente. Se había hecho de mí una figura mítica. El pueblo siempre tiende a ampliar los hechos, porque van pasando de boca en boca. Son cosas que no se pueden olvidar. Quedan grabadas en nuestra carne, aunque ahora diga una que son tonterías, que son manifestaciones superficiales.

La escolta no tenía ningún miramiento. Me ataron a uno de los presos que me acompañaban, pues íbamos trasladados cinco. Era un muchacho tan joven como yo. Después, durante años, le he estado viendo y siempre nos hemos saludado cariñosamente. Me decía al atarme a él:

–Menos mal que estás a mi lado, si no, me muelen a palos.

El viaje lo hicimos sin ningún incidente digno de mención. En el fondo, bien. Es bueno tener compañía para hablar y comentar, olvidándose de la escolta. Llegados a Madrid, me separé de ellos con gran emoción. Nos dijimos que pronto nos veríamos. ¿No estaba viviendo el país sobre un polvorín?

* * *

Creo recordar que la cárcel se encontraba en Ventas. Muy

moderna, pero te caían las chinches por todos los lados. La mar de brillante y lustrosa para la época. Los gobiernos se jactaban de haber erigido un establecimiento digno de la admiración de propios y extraños. Pero la población chinchera era incomparablemente superior a la de las presas.

Antes de que me hubiera adaptado al régimen carcelario, ya empezaron los plante de protesta¹⁵. Hubo varios por diferentes motivos concernientes a la alimentación, al trato, a la falta de contactos permanentes con el exterior. Ahora bien, hubo una protesta seria en la que hicimos la huelga del hambre durante seis días. Nos quejábamos de la mala comida que nos daban. Mal condimentada y productos averiados. A veces, el rancho producía náuseas.

La huelga del hambre la pasé relativamente bien. Me llevaron a una sala... a una sala llamada de pago: una habitación con una cama, lavabo, retrete, mesa y una silla. A las otras huelguistas del hambre las llevaron a celdas de castigo. ¿Por qué esta medida conmigo? Medió en ello la señorita Mendía, una bilbaína, viuda de un abogado, que la habían metido allí como ayuda para pasar la vejez. Fue un privilegio en esas circunstancias dramáticas, pues en las cárceles las protestas y los plante son siempre dramáticos. En esa misma celda estuvo Dolores Ibárruri¹⁶ un solo día durante

15 «Éramos cuatro o cinco presas políticas y nos habíamos propuesto desbaratar toda la disciplina, llevar la contraria en todo lo que se pudiera, así es que, como no había celdas de aislamiento, nos castigaban sin salir al patio. A mí me gustaba mucho estar dentro, porque mi celda daba a la calle y pasaban todos los días compañeros leyendo los periódicos en voz alta, a grito pelado, para que yo pudiera enterarme de todo y luego lo contara a las compañeras. Algo así como un servicio de información». *Punto y Hora*, ob. cit.

16 Dolores Ibárruri, *Pasionaria* (Gallaría, 1895–Madrid, 1989). Dirigente comunista

esas detenciones efímeras que suceden en el seno de la clase política.

La celda daba al patio. Y las presas madres que estaban arriba me echaban azúcar. Yo abría el grifo y bebía agua azucarada. Me pasaba el tiempo bebiendo agua.

Así pasamos seis días de huelga del hambre. Días terribles, porque así es la huelga del hambre metida en una celda, con la coacción permanente de las empleadas y guardianas que te amenazan:

–Casilda, que te vamos a dar píldoras. Casilda, que todas están comiendo. Casilda, que todas han comido ya.

Una huelga en la cárcel no tiene las mismas características de las huelgas colectivas en lugares públicos –iglesias, conventos o torres prestigiosas–.

En una huelga del hambre colectiva, los huelguistas pueden apoyarse moralmente, pueden hablar, animarse, pueden estar al tanto del desarrollo de la misma, pueden recibir visitas y ánimos del exterior.

En la cárcel, no. Está una consigo misma y frente a una jauría

nacida en el seno de una familia minera. En su dilatada trayectoria militante, sufrió numerosas detenciones. En las elecciones de 1936, fue elegida diputada por Asturias. Durante la Guerra, ocupó relevantes cargos, tanto en el PCE como en las Cortes republicanas, de las que fue vicepresidenta. Su capacidad como oradora la convirtió en una figura mítica. Ella popularizó frases como «¡No pasarán!» o «¡Más vale morir de pie que vivir de rodillas!». Derrotada la República, se exilió a la URSS. Fue secretaria del PCE desde 1942 hasta 1960, en que dejó el cargo en manos de Santiago Carrillo. Tras la muerte de Franco, regresó y volvió a ser elegida diputada por Asturias.

que quiere verte morder el polvo contándote toda clase de patrañas y amenazándote con duras represalias. Está una sola contra todos. A todos sus argumentos, yo respondía:

–Mentira. Cuando vengan todas aquí, ya comeré entonces.

La protesta dio buenos resultados. Y, a los pocos días, para satisfacción nuestra, nos ofreció una fiestecita en un patio algo grandecito. Naturalmente, hubo una comida extra. Algunas compañeras bailaron flamenco. En general, cada una bailaba una danza de su región. Al final, pedimos que bajase doña Aurora¹⁷ a participar en la fiesta.

Esta mujer solía estar encerrada, todo el tiempo aislada, porque estaba algo mal de la cabeza. A la fiesta de que he hablado se nos presentó vestida de noche, con un bolso largo, de época, que llegaba casi hasta sus pies, muy bonito. Se creía poco menos que estaba en una verbena madrileña. Estaba muy bien arreglada.

Doña Aurora era una anarquista, había que reconocerlo. En esta visita tuve conversación con ella; me pareció algo

17 Casilda se refiere sin duda a Aurora Rodríguez Carballeira, quien en 1914 concibió a su hija Hildegart dispuesta a hacer de ella la mujer del futuro. Hildegart se reveló como una niña prodigio que a los ocho años hablaba seis idiomas y a los diecisiete había terminado las carreras de Derecho y Filosofía y Letras, al tiempo que estudiaba ya Medicina. Publicó abundantes obras y dictó numerosas conferencias, especialmente sobre sexualidad. De hecho, fue secretaria de la Liga Española por la Reforma Sexual, presidida por el doctor Gregorio Marañón. Militó muy activamente en el PSOE, del que fue expulsada por sus críticas a las alianzas con fuerzas conservadoras, y pasó al Partido Federal. Las relaciones entre Aurora y Hildegart se deterioraron. A medida que iba creciendo, la hija reclamaba más autonomía y la madre estimó que eso la apartaba del destino que había diseñado para ella. La noche del 9 de junio de 1933, cuando Hildegart dormía, Aurora la mató de cuatro disparos.

deprimente. Una mujer de esa inteligencia decía que su hija tenía que ser como la madre quería que fuese y declaraba que ella había escrito los libros de su hija. Yo no la comprendía. Al fin y al cabo, la había hecho con otra persona. Pretender que una hija tenga que ser exactamente como quiera la madre me parece completamente absurdo y anormal. Desde el momento en que toman parte dos personas en la concepción de una tercera, no se sabe si el nuevo ser va a heredar del padre o si va a heredar de la madre. La concepción del niño es un verdadero azar en el que entran la herencia de los antecesores de ambos contrayentes. El programa genético es obra del azar biológico.

Claro, según decires, doña Aurora había elegido bien al hombre, al sembrador del germen espermático. También se rumoreaba que había tenido dos hijos con un cura. Todo eso se decía en la cárcel. ¿Verdad o mentira? Ya no se podrá saber eso. Pero, en fin, no me cabe en la cabeza que la hija siga el camino marcado por la madre, sin tener más personalidad.

Mi vida carcelaria seguía sin grandes altibajos. Conversaciones, lecturas y esperanza: el lote de toda presa. Así llegó la amnistía de febrero de 1936. En esa fecha nos vimos mezcladas en otro drama carcelario, las presas sociales.

La actuación, cada vez más revolucionaria, de los compañeros del exterior nos animaba mucho. Las elecciones de febrero de ese año se presentaban con todas las características de una lucha a muerte entre derechas e izquierdas. Dado el panorama político, si ganaban las derechas, no salían los presos de las cárceles. Si las vencedoras eran las

izquierdas, salíamos. Era un problema de conciencia para los compañeros de la CNT, pues había miles de compañeros en cárceles y presidios. Las penitenciarías estaban a tope, como se dice ahora. Las elecciones las ganaron las izquierdas, contribuyendo a esta victoria el hecho de que muchos de la CNT votaran a favor de socialistas, comunistas y republicanos, aún en contra de su ideario. El Comité Nacional de la CNT y algunos comités regionales dieron la libertad de voto a los afiliados, por estimar que se estaba viviendo una coyuntura política de muy graves consecuencias.

Uno de los primeros actos del nuevo gobierno fue votar la amnistía. ¡La que se armó en la cárcel de mujeres! Las presas comunes, llamadas así por haber cometido un delito común –ahora creo que se les llama sociales, mientras que las presas sociales de esa época eran consideradas como políticas– no tragaban que nosotras, las presas sociales y políticas, saliéramos en libertad dejándonos allí encerradas. Querían amnistía general y, ¡jolín!, qué lucha con ellas. Rompieron botellas para asustarnos y te venían a la celda cuchillo en mano o con cascotes de botellas. Yo me defendía con un hierro de la cama, de esas camas que tienen un hierro atravesado. Ahora ya no hay camas de ese género. Y el caso es que las presas comunes se hicieron dueñas de la cárcel lo menos durante cuarenta y ocho horas.

A los tres días de las elecciones nos dieron la salida a las presas sociales. Algunas salieron muy rápido, porque eran campesinas que no tenían un hecho concreto sobre las espaldas. Las que habíamos ejecutado una acción determinada salimos un poquito más tarde. O sea, las campesinas que

estaban allí por delito social, porque habían participado en una huelga del campo o cualquier cosa de éstas, como subversión o rebelión, salieron inmediatamente. Las de delitos más complicados salieron a los tres o cuatro días.

Esta actitud de las presas comunes de desesperación, al ver que no les tocaba la gracia, se produjo en gran cantidad de cárceles y en algunos presidios con consecuencias graves: incendios, desarme de los guardianes, etc. En resumen, todo género de hechos por parte de quienes no gozaron de la libertad para festejar la victoria electoral de las izquierdas. Nada más desagradable que este enfrentamiento entre la población penal, en género de guerra de clase limitada a un recinto. La proclamación de una amnistía, cuando no es total, necesita un estudio minucioso de los delitos que serán cubiertos por ella, sobre todo, cuando se trata de los famosos actos terroristas, considerados así por la justicia y que cada quisque los califica según su óptica social o política.

A mí me dieron la libertad total. Nada de libertad condicional. Y, como a mí, a todas las presas que cometieron delitos políticos o sociales. La gran cantidad de presos sociales en cárceles y presidios –más de veinticinco mil y algunos admiten el número de cuarenta mil– impuso a la administración penitenciaria la confusión en el régimen interior de los establecimientos de los delitos sociales y políticos. Al principio de la República, la Dirección General de Prisiones no admitía que los presos sociales tuvieran un estatuto social que les equiparase a los políticos.

Huelgas de hambre, protestas y plantes pudieron contra ese

espíritu poco abierto de esa Dirección General. Las presas comunes se quedaron allí, pese a sus protestas, y nosotras salimos camino de nuestras casas.

Cinco meses después se produjo el «Glorioso Movimiento Nacional». El pueblo asaltó la cárcel de mujeres y sacó a todas las presas, incluso a doña Aurora. No sé lo que pasó con ella. Seguramente la habrían llevado a un sanatorio¹⁸. Según me contaron, la alegría de las presas comunes no tuvo límites y, por venganza, hicieron verdaderas barbaridades.

¹⁸ Aurora Rodríguez Carballeira falleció en el psiquiátrico de Ciempozuelos, Madrid, en 1955.

III. GOLPE DE ESTADO Y CONTIENDA CIVIL

Mi llegada a San Sebastián se produjo en el mayor anonimato. En el tren de vuelta para casa me encontré con Félix¹⁹. En la estación no hubo manifestación, ni nada, como a mi salida para Madrid a purgar mi condena. El horno no estaba para bollos en San Sebastián. Entre la vida dura y difícil y los cientos y cientos de presos que fuimos liberados, el pueblo no podía acudir a este rito de bienvenida. Estaba acaparado por otros menesteres muy legítimos.

Enseguida volví a las andadas, a la CNT, a las Juventudes Libertarias, a intervenir en ese proceso que se suele llamar revolucionario. Soñábamos mucho y un cartucho de dinamita nos parecía lo que hoy una bomba atómica. No considerábamos que pudiera haber obstáculos a nuestras pretensiones, a nuestras ilusiones sociológicas. Y, si los veíamos, los olvidábamos inmediatamente. A veces, también soñábamos con dar la vuelta al mundo en busca de aventuras

19 «Él salía de una cárcel y yo de otra. Coincidimos en el tren y volvimos juntos. Antes ya había acompañado a su hermano a hacerle una visita cuando estaba preso, pero, aparte de eso, hasta entonces no habíamos tenido ninguna relación». *Punto y Hora*, ob. cit.

exóticas. El uno dibujaría, el otro escribiría, el de más allá daría conferencias, para poder subsistir.

Yo me junté a Félix. Esta unión libre dio otra dimensión a mi personalidad.

Éramos muy activos. El temor del levantamiento nos unía más a las fuerzas llamadas políticas: socialistas y comunistas. Discutíamos con ellos sobre las posibilidades con que contábamos para enfrentarnos a una situación de hecho. No había gran cosa. Por medio de amigos que teníamos infiltrados entre los falangistas, particularmente al lado del jefe, José Manuel Aizpurua²⁰, el arquitecto, sabíamos cómo se concertaban, cómo iban a buscar armas a Navarra. Y algunas de ellas cayeron en nuestras manos.

Nosotros teníamos pocos medios, pero sí un corazón a toda prueba. Contábamos con el barrio de Trincherpe, en Pasajes de San Pedro, como base de nuestra logística: pólvora, dinamita y algunas pistolas desenterradas, pertenecientes al movimiento de octubre de 1934, que nos fueron dadas por el Partido Socialista y que provenían del famoso vapor Turquesa. Armas en lo posible.

No se pueden olvidar esos momentos en un San Sebastián convulsionado por la sublevación y por la fuerza de oposición

²⁰ José Manuel Aizpurua (1902–1936), arquitecto de vanguardia. Junto a Joaquín Labayen, proyectó en 1929 el Club Náutico de San Sebastián, considerado uno de los edificios pioneros del racionalismo en Europa. Fue uno de los creadores de Falange Española y fundador de Falange Española y de las JONS en la capital guipuzcoana. Participó activamente en la conspiración contra la República y, tras el fracaso de la sublevación en Donostia, fue apresado y fusilado en la cárcel de Ondarreta.

popular, fuerza de oposición que se volvía revolucionaria, lo que escandalizaba a los que meaban agua bendita y a los que miraban a la cartera con ojos inquietos. Todo el aparato administrativo anterior, desaparecido. Y hubo que construir otro con nuevas estructuras más justas y más equitativas, por el que luchábamos ya desde hacía tiempo.

Entre las numerosas anécdotas que viví en ese bazar de acontecimientos, contaré dos medio cómicas y medio serias. Estando enfrente de los cuarteles de Loyola de San Sebastián, cerca del río, al día siguiente de entrar en una casa, descubrimos que había en el granero colchones. Decidimos colocarlos en la ventana.

Agustín Goyeneche, el popular *Piaroa*, y yo los bajaríamos. Él iba delante de mí. Al pasar yo, ¡tac..!, dio una bala en el espejo. ¡Me cago en diez! Ese balazo se me quedó grabado. Luego comprendimos el motivo. Se hallaban en el cuartel tiradores de élite. Debieron ver pasar a *Piaroa*, pero no tuvieron tiempo de disparar. Y esperaron al que le siguiera. Y, efectivamente, al aparecer yo en el espejo, un espejo de aquellos viejos, biselados... y que daba junto a la ventana, tiraron. Y aquí me tienes vivita y coleando por un pelo. Son cosas de suerte.

La otra anécdota tiene otro carácter. Félix estaba interesado en entrar en contacto con las milicias del Partido Nacionalista Vasco concentradas en Loyola²¹, en el afamado pueblo que vio nacer al creador de la Compañía de Jesús. Quería que éstas ayudasen en la lucha difícil que se presentaba a la caída del

21 Casilda no se refiere ya, lógicamente, a los cuarteles de Loyola, en Donostia, sino al barrio homónimo de Azpeitia.

cuartel de Loyola a causa de los ataques navarros por Oyarzun y luego por la frontera.

Esta misma diligencia la efectuó más tarde el comandante San Juan, el jefe de todas las fuerzas republicanas, sin más éxito que nosotros mismos. Pues bien, allá nos fuimos con un coche que llevaba desplegada la bandera de la CNT. La sorpresa de los centinelas fue grande. El diablo entraba en casa. Y cuando se preparaban a pedirnos los papeles, yo saqué la cabeza. Instantáneamente, gritaron: «¡Dejar pasar! ¡Es la Casilda!». Así entramos en el feudo de los nacionalistas sin enseñar la papelada²².

No sé por qué la gente me conocía. Sin duda, porque tomaba parte en los combates, por lo menos como asistenta. Y no con las manos en el bolsillo. Eso nunca. Como miliciana, que se llamaba entonces. A mí no me gustaba ese nombre de miliciana. Yo siempre me llamaba revolucionaria o combatiente. Mi actividad no tenía más importancia que las de los otros. Está en mi carácter el hecho de no presentarme en primer plano. Eso es instintivo en mí. No tengo ninguna pretensión de pertenecer a lo que hoy se llama ejecutivos.

* * *

La actividad de los navarros cerca de San Sebastián nos obligó a enfrentarnos con ellos. Atacamos por detrás con el

22 «‘¡Ah, eres tú, Casi! Venga, adelante’. Así llegamos con la bandera roja y negra a su cuartel. Yo no entré, porque para eso tendría que haber dejado la pistola». *Punto y Hora*, ob. cit.

objetivo de cortar la cuña que habían establecido en Oyarzun hasta las puertas de Rentería. Los compañeros de la CNT, ¡cojones!, fuimos a combatir a las Peñas de Aya, después de una marcha agotadora por aquellos montes escabrosos.

A mí que no me toquen las narices los historiadores, porque en las Peñas de Aya las pasé yo de a kilo. Primero, porque tenía yo muchos kilos encima y estaba regordeta. Segundo, porque había tal cantidad de compañeros que me tocó estar asando corderos, ¡qué sé yo!, y ovejas, que me traían hasta preñadas.

Se me metió el olor de las ovejas en el cerebro, hasta tal extremo que he pasado años, no uno ni dos, sino veinte o treinta, sin poder comer carne asada, ninguna clase de carne. Reconozco, naturalmente, que el abastecimiento era indispensable.

Cerca de las Peñas de Aya me había quedado rezagada con parte de nuestra gente. Mi grupo había ido por delante con algunos marineros de Trincherpe. Al poco, nos encontramos con un pequeño grupo de pescadores que traían tres prisioneros.

–¿A dónde vais?

–Los llevamos a Trincherpe para interrogarlos. Nos interesa saber con qué fuerzas cuentan los navarros por este frente.

Discutimos unos instantes sobre la marcha de nuestras pequeñas operaciones. Aquellos requetés me miraban asombrados. Sus miradas lo decían todo:

–¿Cómo? ¿Una mujer también por aquí? ¿En estas alturas montañosas y con un fusil colgado al hombro?

Los prisioneros estaban asombrados. Sobre todo, por verme vestida de miliciana.

No quiero decir que mi papel por las montañas de la frontera fue únicamente de cocinera. Como a todo ser viviente que se encontraba allí, no me quedaba otro remedio que participar en los combates. Llevábamos intenciones de instalar posiciones, de levantar parapetos, de ahondar trincheras, aprovechando los accidentes del terreno. En una palabra, vivir el arte de la guerra. Pero poco a poco todo eso se desvaneció.

Los de San Sebastián conocíamos el monte por nuestras excursiones y nuestras giras sindicales. Pero los pescadores de Avance Marino, de Trincherpe, no sólo no lo conocían, sino que eran también incapaces de andar por tales vericuetos. Se les hinchaban los pies y con aquellas botas altas sufrían los pobres. Estaban acostumbrados a andar en las cubiertas de los barcos más bien descalzos. Fue un gran problema, pues en aquel momento hacía falta la agilidad de la gacela, la astucia del zorro, para poder competir con los navarros en la alta montaña.

* * *

En este episodio de las Peñas de Aya nos encontramos las

milicianas, no muchas, pero demasiadas, porque con la mayor parte de ellas se ensañaron los requetés cuando cayeron prisioneras al perder esa posición estratégica. Sentí gran emoción, pues era la primera vez que se presentaba ese caso de perder compañeras brutalmente. Y, cuando Clara Campoamor²³ se atreve a escribir que las milicianas eran unas prostitutas, se me revuelve la sangre. La Clarita debe considerarse de esencia superior por ser diputada y oradora. Nosotras la llamábamos la de la palabra prostituida, sin metemos en su vida privada, aún a sabiendas de que el rumor público hablaba de ciertas debilidades de la señora. Son historiadores sin ninguna objetividad.

Otra pérdida que sentí mucho fue la de mi amiga y compañera *La Riojana*, cogida prisionera en el frente de Oyarzun en el camión blindado que iba a atacar al enemigo. Según Clara Campoamor, iba a acoplarse con algún navarro, pues las prostitutas no tienen preferencias.

Éramos unas ignorantes en el arte de la guerra. Nos ganaba la pasión enorme de creer que hacíamos un servicio ineludible, una acción indispensable para la Revolución. Y por eso estábamos allí. Éramos pocas las milicianas combatientes y las

23 Clara Campoamor (1888–1972), abogada y escritora, destacó fundamentalmente en la defensa de los derechos de la mujer. En 1931, con el advenimiento de la República, fue elegida diputada por el Partido Radical y, desde su escaño en el Congreso, fue la principal impulsora del sufragio femenino, que las mujeres pudieron ejercer por primera vez en 1933. Tras romper con su partido, cada vez más escorado a la derecha, trató de ingresar sin éxito en Izquierda Republicana. Al empezar la Guerra, se sintió amenazada en el Madrid leal a la República y marchó al exilio, donde publicó *La revolución española vista por una republicana*, obra en la que denunció la violencia de las fuerzas revolucionarias. Tan pronto como terminó la Guerra, trató de regresar, pero las autoridades franquistas se lo impidieron sacando a colación su filiación masónica. Falleció en la ciudad suiza de Lausana.

demás hacían mucho mejor servicio que lo que hacíamos nosotras con el fusil o con la pluma. Digo con la pluma, porque había alguna que estaba nada más tomando notas. Me rebelo contra las leyendas de los nacionales y de los de nuestro propio campo, esas derechas malditas que se disfrazaban de izquierdas –como ahora mismo– y que tendían a dar una visión denigrante de la mujer que participaba en los combates. Me insurjo contra esas patrañas. No es verdad. La mujer que participaba, como yo, como todas las que nos encontrábamos allí, no se mostraron «horizontales». El ideal estaba por encima de todo. Era indiscutible el entusiasmo que ponía todo el mundo para defenderse del avance de los sublevados. No había tiempo para disquisiciones amorosas.



Barricada en la calle Urbieta, donde los anarquistas frenaron a los militares que intentaban hacerse con la ciudad

La pena consistía en que éramos poca cosa, tan poca cosa como los compañeros que defendían contra viento y marea un

ideal, delante de un ejército organizado, porque la verdad es ésa, nosotros éramos indisciplinados. En el enemigo existía la disciplina. En nosotros existía mucho entusiasmo, muchísimo. Lo mismo las mujeres que los hombres, poníamos toda la carne en el asador, no nos preocupábamos de nosotros mismos, no podíamos pensar en nuestro porvenir, ni en el mañana. Nada de eso tenía importancia para nosotros. Nos confundíamos con una finalidad revolucionaria. Y sólo contaba el momento, vencer el momento, pasar ese instante, poder salir airoso, cosa que ni dudábamos siquiera. No lo dudábamos hasta que ellos –los requetés–, mejor preparados que nosotros, nos dieron en plena cara. Nosotros tuvimos que improvisar todo y actuar impetuosamente. El enemigo estaba ya preparado. Había fraguado sus planes. Fue un duro aprendizaje de la guerra.



Casilda flanqueada por Liquiniano y Chiapuso en una viñeta del cómic de J. J. Pi Urbieta *Kaleko Borroka* (La batalla de la calle Urbieta)

Y que haya habido gente del campo republicano diciendo que las mujeres en la montaña éramos poco menos que ramera, eso es mentira, y no les perdonaré nunca. Es echar una mancha a la mujer nada más que por el hecho de disminuirla. No es nada glorioso, sino tristemente repugnante. Que haya habido algunos casos en la vorágine de los acontecimientos es muy probable. Recuerdo un caso sucedido años antes, cuando la huelga revolucionaria de octubre de 1934. Estábamos en Gros y habíamos construido una especie de barricadilla, no me atrevo a decir barricada. Éramos seis o siete criaturas las que la defendíamos y nos vino una de esas que llaman mujeres de la vida y que vivía en el barrio. Ella nos servía de informadora. Iba de un lado a otro indicándonos los movimientos de la policía y de los guardias de asalto:

–Ahora van para allí. Ahora vienen para aquí. Se paran.

A mí me atraía aquella mujer por el entusiasmo que empleaba al sentirse solidaria con nosotras, por creer que hacía algo útil. Insisto en que sólo malas lenguas pueden hablar así y que esa clase de gente es... mediocre, aunque se vista de corbata o lleve pantalón de *mendigoizale*²⁴. Todos quienes dicen que la mujer participó en la guerra nada más por el afán de... ¡mentira! Son cerdos, nada más.

24 Literalmente, montañero o aficionado a la montaña, en lengua vasca. Es lógico pensar que en este caso Casilda va más allá de la indumentaria y utiliza el término con connotaciones políticas. La Federación de Mendigoizales, creada en 1921, representaba a un sector del PNV cada vez más crítico con la línea oficial; un sector abiertamente independentista y, en lo social, más abierto. Su órgano de expresión era el semanario *Jagí-jagí*, fundado en 1932. El Jagí-jagí, que fue el nombre con el que se conoció al conjunto del movimiento mendigoizale, aportó dos batallones al Ejército del Gobierno de Euzkadi. EGANA, Iñaki: *Diccionario histórico-político de Euskal Herria*, Txalaparta, Tafalla, 1996.

Al atravesar Irún, las pasamos todos de a kilo. Nos tirotearon desde arriba, desde la montaña, las tropas requetés, italianos y legionarios, que habían tomado San Marcial. La bombardean y no dan en el blanco. A nosotros no nos dejaban movernos. Entonces se quemaron algunas casas, no sé si estaban situadas en la Avenida de la República. Ese es el incendio de Irún, el famoso incendio, que ha servido para verter mucha literatura en contra de determinados grupos ideológicos²⁵. Yo estaba allí

²⁵ Cuando publiqué Crónica de la Guerra en el Norte, 1936–1937 (Txertoa hizo una reedición en 2003), fui acusado por un par de lectores de negar que el incendio de la ciudad de Irún fuera obra de los anarquistas. No entendían que una cuestión es negarlo y otra razonarlo. El incendio de Irún sirvió tanto a los franquistas como a algún partido republicano para clasificar a los anarquistas en el apartado de bárbaros destructores.

Mi ama vivió el ataque a Irún. Fue una de las víctimas de una incursión aérea. Cruzó por dos veces el Puente Internacional y se refugió en Francia, como el 28% de la población de la ciudad. Le pregunté sobre el incendio. Me comentó que ella no había visto a nadie, ni con gasolina ni con dinamita, prendiendo fuego o destruyendo los edificios. Que vio el humo producido por el incendio de la fábrica de cerillas. Que todo lo que sabía sobre este último acontecimiento era que fue una zona de duros combates.

En el diario donostiarra Frente Popular se pueden leer numerosas noticias acerca de los bombardeos franquistas sobre el frente de Irún. Se llegan a citar hasta 2.000 impactos de artillería; la destrucción del Centro Republicano por los aviones Caproni 101, con varias víctimas civiles, entre ellas un niño; 50 piezas de artillería franquista disparando; 60 impactos de buques de la armada sublevada sobre el fuerte de Guadalupe... El 1 de septiembre de 1936, siete aviones arrojan 150 bombas sobre Irún; el 12, 30, y así un largo etcétera.

En Irún ardieron 153 edificios. La práctica totalidad del centro. Los anarquistas niegan que ellos incendiaron todo el centro de Irún. Es posible que los edificios oficiales o alguna vivienda de algún conocido «capitalista» fuesen incendiados por los milicianos. Pero supongo que la artillería de campaña, la naval y la aviación franquista acertarían con alguno de sus disparos.

Tampoco hay que olvidar que prácticamente todos los edificios tenían estructura de madera, material adecuado para propagar un incendio.

con los pocos supervivientes que quedábamos. Luego se nos cerró el camino de Ventas para volver a San Sebastián.



Milicianos anarquistas en el frente de Irún

Desde luego, el destino es atroz. Luego me he enterado de que fusilaron a gentes que nada tenían que ver con el incendio de Irún. Este episodio fue exagerado, no había más que unos pequeños fuegos, llamitas más que llamas. Ya se sabe que el fuego es muy espectacular. El nombre de incendio les ha venido bien a los periodistas europeos y a algún partido político de casa que no quería hacer la guerra con todas las de la ley. Los rebeldes fusilaron a gentes por el mero hecho de fusilar, a socialistas que conocía yo y que estuvieron conmigo en el fuerte de Guadalupe y que no participaron en la llamada quema de Irún, ni nada de «eso».

Sólo puedo escribir de lo que conozco por los testimonios que he recogido o los documentos consultados. Los argumentos de aquellos que todavía siguen negando que bombardearon Gernika me siguen pareciendo dudosos. [Nota del autor.]

Tuvimos que ir a Fuenterrabía. El mando había decidido, por boca de Larrañaga²⁶, una línea de puestos por el Jaizkibel que bajaba luego a Gaintxurizketa para englobar Lezo y Rentería. Se abandonaba Fuenterrabía pero se defendía Guadalupe. Sus fosos podían servir de parapetos y desde allí se podía hostilizar al enemigo. En el fuerte se puso una guarnición al mando de un jefe de la Guardia Civil.

Subimos al fuerte. Al entrar, vimos unos cuantos macabeos de los que habían fusilado los nuestros. Eran prisioneros. ¿Quién o quiénes los fusilaron? No sé si eran compañeros o lo que fuesen. Allí estaban todos al sol, al aire libre, bien muertos. En ese mismo fuerte había estado yo presa anteriormente. Y pensé que había escapado a tan cruel destino porque en el momento de mi prisión el país no vivía tan dramáticas circunstancias.

En el fuerte de Guadalupe ya no había guarnición. Entonces decidimos bajar de nuevo a Fuenterrabía. Y vuelvo a hablar del destino. En el camino nos encontramos con otros presos que habían sido liberados y que tuvieron mejor suerte que sus compañeros fusilados. Eran unos diez. Tuvieron miedo de nosotros:

26 Jesús Larrañaga Churrua, *Goyerri* (Beasain, 1901–Madrid, 1942), militante comunista, elegido diputado por las listas del Frente Popular en los comicios de 1936. Cuando la sublevación obligó a las fuerzas leales a la República a constituir la Junta de Defensa de Gipuzkoa, Larrañaga fue designado comisario de guerra. A lo largo de la contienda se batió en diversos frentes y, tras la derrota definitiva, partió al exilio. Fue enviado por la dirección al interior para reorganizar clandestinamente el partido, en una misión tan peligrosa que ha alimentado la hipótesis de que en realidad se trató de una purga. Intentaba cumplir con su cometido cuando fue detenido en Portugal. Entregado por la Policía lusa a las autoridades franquistas, fue fusilado junto a otros camaradas.

–No temáis. Seguid vuestro camino y nosotros el nuestro.

¿Por qué a unos los fusilaron y a otros no? ¿Por el renombre de alguno? ¿Por la arrogancia de otros? ¿Por la historia de los demás? Son cosas del destino o de la estrella, como suele decirse.

* * *

Estando en el muelle de Fuenterrabía, se nos aparecía el espectáculo de Irún, con una columna de humo que subía al cielo, y el de los montes perdidos en lucha desigual. El enemigo contaba con mucha artillería de montaña, morteros, armas ligeras, aviones y, sobre todo, munición a barullo. Ahora todo ese panorama nos parecía desolador.

En esto, atracó junto a nosotros un barquito que venía de Hendaya. Se brindaron a pasarnos al pueblecito francés. Aceptamos por ver si hacíamos algo por toda aquella gente que había pasado la frontera y con la que las autoridades se hacían las remolonas. Fuimos. Hendaya era una verdadera catástrofe. Vimos en ella gran cantidad de familias que habían salido de Irún con mantas y colchones, tiradas por los suelos, los niños llorando, las madres gritando. Espectáculo deprimente el de una humanidad vencida y desamparada.

Un compañero del grupo, Agustín Goyeneche, había cogido la ametralladora, que de tanto disparo estaba ardiendo, para

llevársela, y se la puso contra el pecho. Lo tenía todo quemado. Fuimos a una clínica él y yo. Parecíamos dos hermanos. Somos de la misma edad, poco más o menos, y nos conocíamos desde niños. Le curaron. El personal de la clínica estaba enternecido por nuestra odisea. Los franceses también, pero las autoridades no. Enseguida prepararon nuestro viaje, quiero decir que el de toda aquella gente. Y nos cogieron y nos metieron en los trenes. Exagero un poco, nos pusieron los trenes para llevarnos a Puigcerdà. Un viaje envuelto en alegrías y tristezas. Alegrías, porque muchos estaban satisfechos de lo que había hecho, pero no haber llegado a más... por confabulaciones externas. Otros estaban tristes porque habían perdido y habían dejado algunos familiares muertos en su tierra.

* * *

Y, claro, llegamos a Puigcerdá. Fantástico entusiasmo. Aquellos trenes con pancartas tan enormes. Parecía otro mundo. Entre Francia, que es un mundo diferente al nuestro, y aquel entusiasmo de la Revolución... ¡qué abismo! Era algo indescriptible. Y también indescriptible el entusiasmo que nos produjo. Nos creímos que llegábamos a un mundo en donde la Revolución se había hecho del todo y que todo era nuestro y que todos éramos hermanos y que todos éramos combatientes.

Llegamos a Barcelona y, efectivamente, mis ojos se negaban

a creer que todo era rojo y negro. Eso nos sucedía a las personas que éramos muy susceptibles. Y era verdad. Todo era rojo y negro. Estuvimos unos días en Barcelona visitando a compañeros que Félix había conocido por los presidios. Dándonos cuenta del funcionamiento de los sindicatos. Analizando las nuevas estructuras sociales que estaban organizando.

Por fin, fuimos al frente de Aragón.

* * *

En el frente de Aragón las mujeres teníamos siempre adjudicada la segunda categoría o la tercera; hablo de la mayor parte. En algunas ocasiones se nos permitía ayudar en las faenas de la cocina y, en otras, intervenir en los combates. Es muy complicado contar todo esto, porque, en aquellas circunstancias, las mujeres empezábamos a tener otra personalidad, completamente diferente de la que habíamos tenido hasta entonces. Ya empezábamos a dejar de ser lo que ahora se llama mujer objeto. Cobrábamos nueva personalidad. En ese frente de Aragón ya no era «la mujer», sino «una combatiente»: fuese en cocinas, en limpiezas, en operaciones de combate o en instrucción de niños. Había muchas milicianas de la cultura que tanto bien hicieron en pro de la educación de los soldados y de los niños. A eso se dedicaron numerosas mujeres. Recogían niños y les daban una instrucción. Así colaboraban al nuevo mundo que se estaba preparando.

Eran mujeres que tenían una responsabilidad social. Se acabó la mujer circunscrita a los quehaceres domésticos y a la cama para dar gusto al marido. Eso de que la mujer aquella iba al frente para acostarse con los milicianos... todo eso es mentira. Ahora bien, nadie podrá evitar que donde hay mujeres y hombres se creen simpatías y afinidades; algunos lo llaman atracción química o atracción celular, y que se formen lazos, sobre todo en lugares alejados de las zonas urbanas como el frente de Aragón. Pueden existir contactos físicos, morales y espirituales, entre el hombre y la mujer que se encuentran en los frentes. Lo contrario sería una aberración. Quizá también entraría en juego el miedo por parte de algunas mujeres de verse solas en aquella atmósfera de guerra y de violencia. Un motivo para juntarse al hombre, como sombra protectora.

Qué acción interesante realizaban las mujeres recogiendo a los niños cuyos padres estaban en los frentes, incluso niños cuyos padres se hallaban en el campo enemigo. No sólo se trataba de instruirlos, sino de cuidarlos como verdaderas madres. Se les daba una orientación que correspondía a los instantes en que se estaba viviendo. En cuanto a los niños de padres enemigos, se les trataba de explicar la acción de sus padres envolviéndola en la máscara de la equivocación.

Ese Aragón era fabuloso por el deseo de aprender, de instruir, por la pasión puesta en ese trabajo. Es muy difícil, casi imposible, darse cuenta de la atmósfera en que se vivió en esos momentos sin haberlos vivido. Y, aunque los historiadores hablen de eso, los lectores no se impregnarán del trasfondo que existía en el pueblo. Que no se hable de pensamiento y razonamiento. Todo era movido por la pasión. Aquel

tejemaneje de camiones en todas direcciones, llenos de pancartas, de banderitas, fundamento de la actividad. Daba aires de fiesta. Todo el país era una feria. Hablo de Cataluña y Aragón. Pero una feria que no te incitaba a la bacanal. Todo lo contrario. Tenía un fundamento moral que te obligaba a defender los derechos del pueblo. Este había tomado el poder y creía que había eliminado las injusticias sociales que habían imperado hasta entonces. En el fondo, por espejismo, se había puesto en marcha una sociedad más fraterna. Todo componente tenía una responsabilidad. De este modo su personalidad crecía. Mi satisfacción era completa. Aquel estado de cosas movido por principios éticos, por conceptos de emancipación, era tan grande. Y me encontraba completamente fusionada con él. Yo no tenía una ilusión personal, sino que participaba en la ilusión general, como un cero, como un cero más. No pretendía otra cosa.

* * *

Naturalmente, existían problemas de tipo logístico en la lucha contra los del bando contrario, contra el llamado Movimiento Nacional, pero también existían problemas de tipo político entre partidos y, sobre todo, entre Partido Comunista y CNT. Yo no he tenido ninguna iniciativa en estos problemas de carácter ideológico. Yo sólo vivía el instante. No obstante, notaba la diferencia entre el comportamiento de los partidos y el del movimiento sindical. Había algo fundamental que nos separaba de ellos.

No me extraña, pues, que Orwell, el conocido escritor inglés, cuya obra *1984* ha sido traducida a tantas lenguas, se volviera antiautoritario. Cuando llegó a Cataluña, era trotskista. Simpatizó enormemente con los libertarios en el frente aragonés, hasta que fue herido. Por eso cantó las excelencias de la Revolución libertaria en otra obra suya, *Homenaje a Cataluña*, no sólo por el papel representado por los libertarios en las ciudades, sino también por lo que hicieron en los frentes. No me extraña nada esta evolución de Orwell.

En el frente de Aragón, lo único que contaba realmente, como cosa decisiva, era el ambiente libertario. Nuestro movimiento libertario estaba presente en todos los sitios y, además, en activo, pero un activo fantástico. No se trataba de papeleo y de cosas de sindicato. Lo estoy repitiendo ya varias veces. Era el entusiasmo, un entusiasmo general que no tenía ninguna relación con la función estatal de decir «esto hay que defender». Allí nada había del Estado. Se defendían las posiciones porque era indispensable defenderlas. Y por ello la gente moría. Pero así, alegremente. Y se caía en las posiciones o en las carreteras o en los bombardeos, con el pensamiento siguiente: «el primero que da, da dos veces». En esta acción predominaba el afán de crear nueva comunidad con bases más justas que la anterior a julio de 1936.

No he encontrado vascos, particularmente en Barcelona, del pueblo bajo, no de los permanentes de los partidos políticos, que no se hayan entusiasmado o no se hayan quedado a reflexionar al descubrir las colectividades libertarias, tan criticadas y tan odiadas, hasta el punto de que la División

Líster²⁷ las destruyera *manu militari* de acuerdo con el Gobierno central. Hoy, esos mismos personajes, para ponerse a tono con la evolución de los tiempos, nos hablan de la autogestión de Yugoslavia de forma maravillosa y nos la quieren imponer ahora en la Península. Pues bien, la autogestión yugoslava es una zapatilla rusa comparada con la estructura que significaba nuestro colectivismo avanzado y francamente revolucionario. Si seguimos las ideas del escritor Legasse²⁸, tenemos que comprender que a los vascos les venían bien las colectividades libertarias. ¿No dice que en esencia todos los vascos son anarquistas?

* * *

27 Enrique Líster (Ameneiro, La Coruña, 1907–Madrid, 1994). Emigró a Cuba de niño y, a su regreso, en 1925, ingresó en el Partido Comunista. Pronto destacó en las luchas sindicales. Proclamada la República, fue enviado a Moscú, donde recibió formación militar. De nuevo en la Península, formó parte del núcleo del partido dedicado a vigilar los movimientos golpistas. Cuando estalló la guerra, actuó con eficacia en diversos frentes. En 1937, el ministro de Defensa, Indalecio Prieto, le ordenó personalmente disolver el Consejo Regional de Defensa de Aragón, que actuaba de forma prácticamente autónoma y en el que los anarcosindicalistas tenían un peso determinante. Derrotada la República, regresó a la Unión Soviética. En la Segunda Guerra Mundial, alcanzó el grado de general tanto en las fuerzas de la URSS como de Polonia y de Yugoslavia. Durante el franquismo, fue distanciándose de la dirección del PCE, encabezada por Santiago Carrillo, lo que le llevó a fundar el Partido Comunista Obrero Español (PCOE). En 1986, cuando Carrillo ya había sido expulsado, regresó al PCE.

28 Marc Légasse Celaya (1918–1997), escritor militante o, más aún, militante escritor, autor de la novela *Las carabinas de Gastibeltsa*, sin duda su obra más celebrada. Puso toda su desbordante fantasía y su chispeante humor al servicio de la creación de una épica y una poética de liberación nacional de inspiración libertaria para el País Vasco. Txertoa ha publicado en castellano, y también en euskara, buena parte de su obra, escrita mayoritariamente en francés. Son títulos como *Evangelio y apocalipsis del euskara*, *Anark–Herria* o *El zortziko de Iraeta*. El más reciente es *La sombra de Axulary otros relatos* (2011).

Hablando de vascos, ¡jolín!, nos encontramos con uno que había sido guardia de asalto en Bilbao. Nos tocó pasar una noche en el castillo de San Juan Bajo, en espera de lanzar un ataque contra un pueblecito cuyo nombre no me viene a la memoria. En aquel importante contingente de hombres, la única mujer era yo. Yo no participé en ese ataque. Atacaron los hombres y se encontraron con un pueblecito que encerraba unas bodegas de vino de calidad superior, una verdadera maravilla, según los vascos que intervinieron en la operación. Poco menos que se bañaron en el vino. Este bilbaíno volvió de madrugada y me trajo un velo, una mantilla de esas que llevan las mujerucas de Aragón en la cabeza. Me dijo:

–Te doy esto de recuerdo. Así te acordarás de mí.

Al día siguiente se organizó otro ataque y el bilbaíno ya no volvió más. De estas anécdotas podría contar muchas.

Hubo muchos heridos graves. La situación sanitaria en el castillo era catastrófica. No había más que un pequeño botiquín y un camión, pero, dada la cantidad de heridos que iban llegando, esos servicios eran muy poca cosa. Y qué clase de heridos. Reventados unos, amputados otros por las bombas o las granadas. Daban tal pena, te ganaba tal angustia, que no podías pensar en otra cosa. En ese instante comulgaba tan a fondo con ellos que les quería como si fuesen hermanos. Para mí lo eran... porque sufrían y porque defendían un ideal. Entre ellos había algunos italianos heridos mortalmente. Con qué pasión venían a nuestra guerra a defender los intereses del

pueblo. Todos murieron. Faltaba gente y medios para enfrentarnos con ese problema terrible de los heridos de guerra. No había ni enfermeras todavía. Más adelante, cambió. Pero el desprecio que había en lo alto hacia el género femenino era tan grande que, en los primeros tiempos, no admitían a la gran cantidad de mujeres voluntarias que se prestaban a la labor de enfermeras. Claro que entre esas mujeres no había muchas enfermeras, pero tenían una gran voluntad para cuidar a los heridos. Se decía que necesitaban gente práctica y entonces no había.

En ese instante, frente a los heridos, de nada servía la seudofama de combatiente irunés o del frente guipuzcoano y de mi experiencia combativa contra los navarros. La atmósfera del castillo de San Juan Bajo relegaba esas cosas al tercer o cuarto lugar. No te sirven para nada, ni el nombre, ni el pasado. Te encuentras sobrepasada por los acontecimientos y sólo te queda el remedio de soportarlos y de sobrevivir a toda costa. Todo lo que fuiste o hiciste anteriormente no sirve para nada en esos instantes trágicos en que ves la muerte cómo se va apoderando de seres jóvenes, de idealistas. La emoción, la compasión, la tristeza, te agarrotaban, como si quisieran asfixiarte.

Qué lejos estábamos de allí, entre montañas y perdidos a sus sombras, frente a nosotros mismos, de las cosas ya organizadas y en plena actividad normal, como la organización de los sindicatos.

* * *

Los pueblos –ayuntamientos– todos se hacían a los sindicatos, todos confiaban en nuestra organización sindical. Aunque anteriormente había muchas gentes que no habían estado sindicadas, todos sin excepción iban a prestar los servicios a la causa.

Todos se apasionaban. Y yo no diría que sentían únicamente pasión por lo libertario, sino que la transferían a un movimiento general de trabajadores. Todos estaban dispuestos a luchar, por la organización o por lo que fuese, y a morir... si fuese preciso.

Cuando hablo de los pueblos libertarios y del frente libertario, no quiero decir que no existiesen otros sindicatos y otros partidos políticos. Yo conocía personalmente a unos y a otros: comunistas, trotskistas, socialistas y ugetistas. Todos apoyaban el hombro, pero Aragón era de la CNT y esta organización obrera influía en la vida administrativa y económica de los pueblos y la dirección de los frentes. Los partidos políticos la envidiaban y sólo buscaban todos los fallos para echarse sobre ella. El mundo de la política tiene recovecos y trasfondos que se me escapan a mí y a muchos libertarios. Es un juego de grandes alcances, pues se trata de hacer vivir a una comunidad. Y todos quieren ser los gobernantes.

* * *

Ahora paso a una anécdota, muy simple, pero característica de la atmósfera revolucionaria y guerrera. Siguiendo el movimiento de tropas, nuestra unidad llegó a Sástago. Nos buscan una casa. Y resulta que a esa casa habían ido los compañeros de la CNT y se habían llevado detenido al dueño, porque había sido un chivato. En nuestros medios esto es lo que se paga más caro. Creo que tenía un puesto en la Alcaldía y pertenecía a los caciques. Esto de los caciques es típico de nuestra península. Y hoy, en 1980, sucede lo mismo. No hay más que darse un paseo por Teruel. En realidad, son ellos los que gobiernan el Estado de los Burgos Podridos, según la acertada fórmula de Manuel Azaña, antes de ser presidente de la República. La mujer del que fue detenido nos miraba con gran recelo. Llegaba hasta a molestar.

Entre nosotros había un asturiano. Éste creyó que me iban a matar a mí o qué sé yo –las reacciones de los hombres son tan imprevisibles– y me entregó una pistola, más bien un pistolón del 9,65. Yo lo metí debajo de la almohada y allí se quedó luego. Este asturiano era feroz con el enemigo, pues le habían matado toda la familia en Asturias –padres, hermanos, primos– y él se salvó de milagro de la represión de octubre de 1934. Pues bien, este asturiano estuvo indagando los motivos del porqué esa mujer nos miraba de esa manera, sobre todo a mí, como si tuviese que matarme. Y el asturiano lo creía así. Y me decía:

–Estos son malos. La España de los caciques mata en cuanto puede por odio al progreso.

En el fondo de la actitud de esa mujer había motivos de otro género. Buscando y buscando, el asturiano se enteró de que el marido no sólo había sido detenido, sino fusilado por haber comunicado al enemigo la situación de las posiciones guardadas por los milicianos. Entonces, consiguió recuperar el cuerpo y lo enterraron en la tumba de la familia. La mujer, al enterarse de este hecho, tan emotivo en las mentes católicas –el entierro entra, casi como un sacramento, en la escatología cristiana–, creyó que yo había influido en ese traslado del cuerpo. Y cambió de actitud, como de la noche al día. Nos sacó las cosas que tenía en las tinajas. Nos enseñó el resto de la casa. Era preciosa. Cuento esta anécdota por considerar que entra de lleno en la sicología de nuestro pueblo de cristianos y anticristianos.

Insisto en que, en realidad, no he sido protagonista de grandes hechos. He sido siempre segundona y ahora mismo, en el mundo, soy segundona. No tengo ninguna pretensión de haber sido esto o lo otro, como otros muchos que van cacareando los puestos que tuvieron durante la Guerra Civil. Me ha tocado vivir esas cosas, porque han sucedido así.

Somos hijos de las circunstancias. Me tocará vivir aún otros hechos, de eso estoy segura, segurísima. La vida no termina así y sin ninguna incidencia. El frente lo viví, como lo vivió todo el mundo. Sin ninguna pretensión. Estaba allí sin tener mayor influencia. Y estaba allí, porque quería entrar en Zaragoza.

Nos habían llevado a otro punto. En nuestro destacamento íbamos dos mujeres –otra compañera que se consagraba a la cocina y yo– y, cuando llegamos al punto de referencia, nos

encontramos con otras fuerzas. De pronto, oímos una gran voz:

–Rosita, te han traído dos mujeres.

Yo creí encontrarme con una mujer. Pues no, era un invertido la mar de simpático. Sonriendo alegremente, respondió:

–¡Ah! Pues no importa. Así, los hijos que tengamos serán para las tres.

Era tan famoso como el Pirule. Y los tenía bien puestos, como en general los invertidos, por tener que defenderse contra una sociedad que no los admite. Rosita era un personaje en el barrio chino de Barcelona. Y se hizo famoso en el ataque o los ataques en dirección a Zaragoza.

Se fue corriendo hasta casi la entrada de la ciudad. Ya veía, desde las alturas, las torres y los tranvías de las afueras. Se trajo una ametralladora pesada que había cogido de un tanque abandonado por el enemigo. Era un verdadero suicida. Lo tenían como uno de los valientes del batallón. Pero los machos de verdad, al verse sobrepasados en lo que hay que tener, le solían gastar bromas que él acogía sin enfadarse. Y, cosa curiosa para estudiar la sicología de los invertidos, delante de los hombres se volvía ingenuo y hasta tímido. Cuando llegó con la ametralladora a su posición, sita en lo alto de una montaña, le dijeron:

–A ver, tira una piedra.

Todos creían que iba a hacer un gran esfuerzo para tirarla lo más lejos posible. Se equivocaron. Tiró una piedrecita, como

una niñita o una doncella inocente.

También anduvimos luego por las estribaciones de la Sierra de Alcubierre. Llegué yo a la posición con una fiebre tremenda, fruto de las mojaduras y del mal dormir. Tuve que hacer el cambio de posición andando. Al final, el comandante me dejó montar en una mula, porque el capitán –un militar– intercedió por mí.

Qué fatigas y qué dolores. En la mula, ya me sentí mejor. Félix, en plena montaña, por aquellos caseríos desperdigados, anduvo buscando agua caliente para su compañera que tenía anginas y mucha fiebre. En el lugar había un curandero que no tardaría en volver y, según fama, muy bueno. Cuando vino a verme, me puso un pañuelo en triángulo en el cuello. Con gesto brusco, me rotó primero una y luego la otra angina. Desde entonces jamás he tenido anginas. El curandero era un campesino de manos grandes y, el pobre, muy tímido. Haciéndome esa operación del pañuelo me decía:

–No tenga miedo, señorita, no tenga miedo. Todo se arreglará.

* * *

La impresión que sentí al no poder ir a Zaragoza fue la de que ya comenzaba el decaimiento de nuestras fuerzas, de las fuerzas revolucionarias, sencillamente. Esta impresión no tenía ningún fondo político, ni nada de eso. Mala cosa la de no poder obtener ese objetivo militar. Para mí, entrar en Zaragoza

suponía un gran triunfo. Y el no poder hacerlo era señal de que nuestros esfuerzos estaban fracasando.

Yo notaba que las gentes empezaban a perder el gas del primer impulso. Si, lo perdían, sí. El hecho de pasarse días y días, vivaqueando, en una posición hacía que el ímpetu revolucionario se fuera gastando y atemperando. Ya los comunistas se ponían a meter la cuña y los otros también. Todo eso quería decir que las cosas no marchaban como los primeros días. Pretender, como pretendían algunos, que nada nuevo ocurría y que se debía aguantar, me recuerda al que, estando detenido en las cárceles franquistas, decía:

–Pues espérate a ver cuando vengan los nuestros –creyendo que todavía seguían avanzando los revolucionarios.

El fracaso de la ofensiva sobre Zaragoza tiene mucha repercusión, no sólo en el plano militar, sino también en el plano político. La CNT, si se quiere, pierde el liderazgo político, pero en realidad pierden todas las fuerzas políticas.

Al entrar los comunistas en juego con mayor peso, ya lo organizan de tal forma que ya no hay modo de estructurar convenientemente, porque chocan con la mentalidad del pueblo en general. Los comunistas emplearon toda clase de artimañas para meterse en el frente y, como éste se había mantenido a base de pasión y de ideal, ellos empezaron a implantar una disciplina de hierro, se acabó ya el cuento. Así comenzó a decaer todo, poco a poco. Y a partir del frente de Aragón, el resto se fue desmoronando, porque este frente era una consecuencia del apoyo popular a la Revolución, apoyo

natural e instintivo. El pueblo sabía dónde estaba su interés y sus interpretaciones simplistas de la justicia social. Con el afán de dirigir y organizar, los comunistas no hicieron más que destruir el espíritu combativo de la gente. Además, a pesar de sus nuevas fórmulas, ellos mismos no fueron capaces de salvar la situación. Una revolución no se puede poner en marcha con una estrategia estudiada de antemano, como hace el Partido Comunista. Aparecen imponderables de talla. El PC cree que la Revolución son fichas que se pueden manejar de derecha a izquierda, cuando le da la gana. Eso es imposible y nos lo ha demostrado históricamente y nos lo está demostrando continuamente. Todas las revoluciones que se van haciendo, por Cuba y todos los sitios, las comienzan los revolucionarios o el pueblo entero con la finalidad de contrarrestar los efectos del fascismo o de la antirrevolución. Luego vienen los comunistas a dar la puntilla. Eso no se puede admitir.

A quién se le ocurre, en pleno movimiento revolucionario, en plena lucha militar contra los rebeldes fascistas, venir con la pretensión de quitar los dirigentes que habían resistido meses y meses en el frente. Más grave aún, eliminar físicamente a algunos por considerarlos verdaderamente revolucionarios. Así hacían desaparecer a muchos. A quién se le ocurre pretender encuadrar a esa gente, que había hecho la Revolución generosamente, como una corazonada genial, sin el espejismo que necesitaban para defender los frentes airoosamente. Eso es absurdo. Y no se les ocurre más que a los comunistas de Rusia que dirigían a los comunistas españoles. Querían repetir la barbaridad que cometieron con los anarquistas cuando la Revolución rusa, como lo explica Volin en *La Revolución desconocida*. Aquello era otra época. En nuestra casa, aquí, la

Revolución ya estaba en marcha, habían cambiado las estructuras, había cambiado la atmósfera de la comunidad, se había abierto un horizonte inmenso para todos, y los comunistas venían a pretender corregir y rectificar todo ese trabajo. Es algo que sólo se les ocurre a algunos cerebros, no cuadrados, sino agujereados, como los de los comunistas.

Menos mal que no pudieron ocupar todos los puestos rápidamente, incluso con el apoyo de los gobernantes, que estaban más bien a favor de los comunistas. Claro, les traían mantequilla y armas, pero tan viejas que nadie sabía manejarlas. Pero, en fin, Rusia era el único país que bajo cuerda aportaba alguna ayuda, y había que hacer de tripas corazón. No era más que eso, un oportunismo por parte de los gobernantes que lo iban a pagar caro, más caro que el oro que iban entregando a los rusos.

Estas cosas son muy difíciles de explicar. Tú estás en la calle, tú no estás en los manejos de los gobiernos, ni de los intereses internacionales. Y como entonces Rusia era el coco de todos los países de Europa y, sobre todo, después de la ayuda que estaba prestando a los llamados republicanos españoles, era lógico que los otros países ayudasen a Franco...

Las democracias hacían ver que estaban con los republicanos, pero no hacían más que seguir platónicamente nuestro drama. León Blum lloraba por la tragedia de los revolucionarios. No necesitábamos lágrimas de fuera. Bastantes se vertían en nuestra casa. Ya lo vimos en Euskadi. Europa permitió que Franco, el fascista, venciese a un gobierno católico y conservador, como el Gobierno Vasco.

Internacionalmente, la cosa era así, muy simple. No hay necesidad de grandes estudios.

Tú no puedes estar en los secretos. Creo que algún día se escribirá toda la página de esa historia. Todavía no se ha escrito, no se han dicho más que tonterías con relación a los países europeos. De todos los países llamados ahora de Europa del Este, no había más que voluntarios –judíos que escapaban a Hitler, comunistas, anarquistas menos–, pero, ¡ah!, gente dura y valiente, ¡hombre! Venía a la Península la gente más dura de todos los países europeos. Incluso de América, gente que tenía verdaderamente sentimientos revolucionarios, pero no los países.

Estos, diplomáticamente, buscaban la derrota de la Revolución.

* * *

Para mí fue una decepción que los comunistas se infiltraran peligrosamente en los resortes del poder civil y militar. Gran decepción por ver las estratagemas que emplea el ser humano para apoderarse de un poder que debe conquistar y que no puede por los medios legales, sino por la fuerza bruta y por medios bajos y miserables. Y luego, más que decepción, cuando ves que te van desapareciendo los amigos, que fulano de tal ha sido raptado y ya no se le ve más, a otro que le han llevado al puesto de mando y que no vuelve más. Y te

decepciona aún más cuando te das cuenta de que tienes compañeros que, por miedo o por mantenerse en su puesto, se hacen cómplices de esas bajas maniobras.

Es horrible ver que compañeros, amigos tuyos, que les tienes afecto, que existe el contacto con ellos, que solamente por el mero hecho de conservar el puesto de mando –o de conservar la vida–, se sienten impotentes y se ponen a su servicio. Una decepción inimaginable te gana. También he sentido más tarde otra gran decepción. Son cosas de la vida. Es algo que te angustia, que te preguntas a dónde va esto. Y se te va la vida detrás. No encuentras solución. Todo te parece mentira. El juego es tan asqueroso que no sabes cómo reaccionar, aunque por decepción se hacen muchas cosas.

¿Qué hice yo, entonces? Casilda, con moral revolucionaria, no hace más que aguantar... Hace lo de Simone Weil²⁹, la escritora católica que simpatizaba con nuestra revolución y se volvió a París, a su lugar de origen, a su ambiente. Yo, como estaba vinculada de tal forma al movimiento libertario, decidí volver a Barcelona. El resorte un poco roto, pero todavía con ilusiones. Fui a la sede central de la CNT-FAI, la Casa Grande, donde estaban los sindicatos, para poner mi grano de arena en el trabajo de la retaguardia.

Me dijeron que organizara yo un taller. Fijaos bien, yo, un

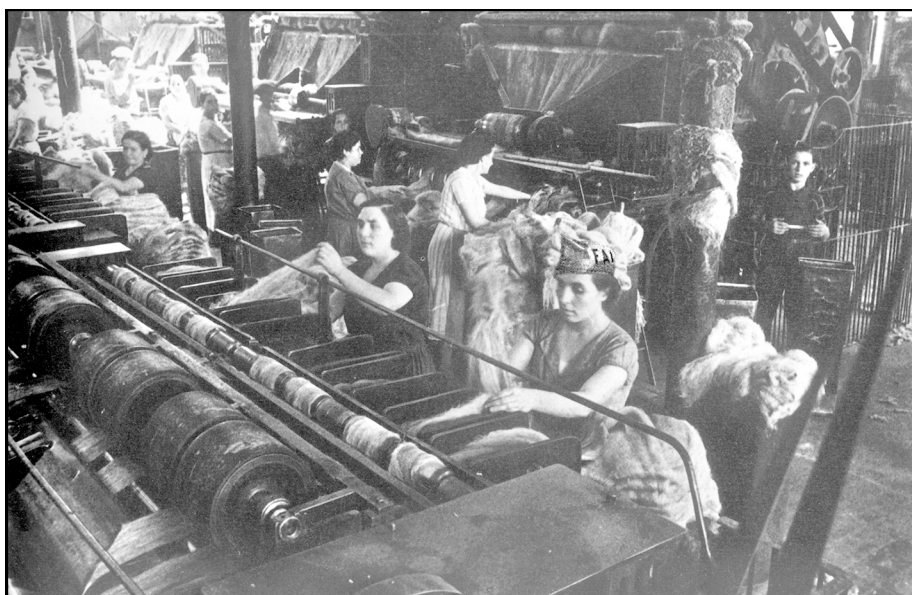
29 Simone Weil (1909–1943). Filósofa francesa nacida en una familia judía, aunque agnóstica. Comprometida con la lucha obrera y contra el fascismo. En 1936 se incorporó a la Columna Durruti, en el frente de Aragón. Su experiencia fue mala: hubo de interponerse para evitar el fusilamiento de un sacerdote. Sufrió importantes quemaduras en un pie y fue urgentemente repatriada. Su pensamiento fue acercándose progresivamente al cristianismo, lo que no le impidió seguir combatiendo hasta su prematura muerte.

taller. Pero sí, lo organicé para confeccionar calzoncillos, camisetas y otras cosas para los milicianos. Y ahora una cosa la mar de curiosa.

Todas las obreras que había allí en el taller eran vascas. Todas de Irún, San Sebastián y Bilbao.

El taller poseía máquinas de coser nuevas, eléctricas, que yo ni las conocía, pero, en fin, tuve que adaptarme, y las otras, también. Y allí todo salía mal. Pero los chicos que estaban en la recepción, todo lo dejaban pasar. Sonriendo:

–Está bien, chica, está bien.



Autogestión en la Industria Textil barcelonesa

Por estar en Barcelona al frente de un taller, pude asistir a las luchas callejeras de los sucesos de mayo de 1937. Se volvía a

los días de julio del año anterior pero con otro espíritu. Un espíritu de defensa frente a las maniobras de los comunistas. Lo que habían hecho en el frente lo intentaban ahora en la retaguardia. Esto fue más horrible. Compañeros de toda la vida que representaban un papel determinado en la Revolución tenían que esconderse, pues se los llevaban a la casa de piedra y los fusilaban. La casa de piedra es la de Gaudí, la Pedrera o Casa de la Roca. Bueno, pues ahí desaparecían los compañeros.

No era cosa de seguir haciendo calzoncillos. Había que situarse en esa atmósfera de guerra civil o miniguerra. Los calzoncillos se te indigestaban. Casualmente, Félix estaba de permiso. Y allá nos fuimos volando a la Casa Grande con las consabidas intenciones de pelear. Nos tiraban desde la torre de la catedral, pues dominaban toda aquella zona desde allí. Nada más asomarte a una ventana o a la terraza que poseía la Casa Grande, te tiraban de todos los lados. ¡No nos podíamos mover! La casa de Cambó, la nuestra entonces, en la Vía Layetana, estaba completamente dominada por las fuerzas de los guardias de asalto y de los comunistas. Y los compañeros sólo podíamos asomarnos a disparar un tiro que otro. Eso me parecía muy ridículo. Pretender con una pistolita o con un fusil tirar contra un enemigo que no podías localizar, que desconocías desde dónde te estaba disparando, nos hacía sentirnos impotentes, allí arriba, aunque se decía que la casa parecía un fuerte.

Era una maravilla ver levantar las barricadas. La arenilla de debajo de los adoquines servía para llenar los sacos terreros. Largas filas de hombres, mujeres y niños transportaban con carretillas los adoquines y los sacos terreros. Subida la

barricada a la altura de la cabeza, los barceloneses se apostaban con sus fusiles. Se creía volver a los primeros días de la Revolución. Un motivo de ánimo es que las barriadas, mayoritariamente favorables a la CNT, se preparaban a lanzarse contra los edificios cogidos por los de asalto y el PSUC³⁰. Yo misma vi, delante de la Casa Grande, cómo cayeron acribillados a balazos cuatro compañeros que salían del coche para venir en nuestra ayuda. Pues bien, todos estos preparativos de combate por nuestra parte se transformaron en agua de borrajas. Los ministros y el Comité Nacional de la CNT llamaron a la concordia por radio. Jamás Federica Montseny³¹ podrá borrar de su repertorio la frase: «Yo te beso, hermano guardia». Aún en esos momentos trágicos, la profesional de la tribuna hacía una oratoria inoportuna.

En resumen, después de las negociaciones de rigor, la CNT salió disminuida, debilitada, cuando en realidad tenía todo en sus manos para imponerse como lo hizo el 19 de julio, a pesar de la llegada de los 6.000 guardias de asalto de Valencia, enviados por el Gobierno central. El miedo a perder la guerra volvía conservadores a los cenetistas.

Seguí fabricando calzoncillos con una moral no muy alta. Hasta que me cansé. Volví al frente, a la 153, con un espíritu nada conquistador, pues los hechos de guerra nos eran cada

30 Partit Socialista Unificat de Catalunya, formación adscrita a la Internacional Comunista. Equivalente catalán al PCE.

31 Federica Montseny Mañé (1905–1994), escritora, oradora, sindicalista y política libertaria. En noviembre de 1936, desatada ya la guerra, cuando la CNT entra a formar parte del Gobierno de la República encabezado por el socialista Francisco Largo Caballero, es nombrada ministra de Sanidad y Asistencia Social, cargo que abandonó precisamente a raíz de la crisis de mayo de 1937. Tras la derrota, marchó al exilio, y durante el resto de su vida se mantuvo ligada a la CNT.

vez más desfavorables. Nuestro ejército no hacía más que retroceder.

En todo ese frente sólo hubo un poco de euforia cuando las fuerzas republicanas atravesaron el río Ebro en su parte baja y se dirigieron hacia Gandesa. La euforia duró poco. El enemigo reaccionó vivamente y con abundante material. Después de duros combates, en los que los republicanos dejaron su potencia vital, hubo que volver a atravesar el río. La Batalla del Ebro nos desangró sin aportarnos ningún beneficio. Quizá retardó un poco el fin de la guerra.

* * *

Para mí, los comunistas hacían de caballo de Troya en nuestra guerra y en nuestra revolución. Desde mayo de 1937, atacaron el movimiento revolucionario. Cogían a gente de la CNT, a socialistas y trotskistas, a todo aquel que se manifestaba un poco independiente del partido comunista. Todos al pozo. Por eso, por muchos *mea culpa* que entonen, por muchas rectificaciones que lancen a los cuatro vientos, los comunistas tienen hecho un paquete en la Península que no hay forma de enderezarlo. Sólo seguirá sobreviviendo gracias a hombres como Carrillo³². Ese partido está eliminando a nuestra tierra,

32 Santiago Carrillo (1915). Dirigente comunista forjado durante la República y la Guerra. A partir de 1960 y a lo largo de veintidós años fue secretario general del PCE, cargo que, por tanto, ocupaba en el momento en que Casilda hace sus declaraciones. En 1982 fue sustituido por Gerardo Iglesias. Sus crecientes desavenencias con la línea del partido hicieron que él y sus seguidores fueran expulsados en 1985. Poco después,

precisamente por su actitud en la guerra de 1936–1939. Todo aquel que haya leído un poco lo que fue el movimiento revolucionario de esa época sabe lo que han tenido que rectificar los comunistas después. Y, sobre todo, después de la Segunda Guerra Mundial, pues en todas partes se han comportado como traidores de los pueblos revolucionarios.

* * *

Ahora, vuelvo al frente. En éste, seguíamos retrocediendo y, en las retiradas, pocas glorias se pueden contar. A la compañía de Félix la llamaban la compañía de enterradores, compañía de Juan Simón, con humor negro, dada la cantidad de hombres que iban cayendo sucesivamente. Aquello de «retírense al kilómetro tanto por sus propios medios» era ya una cantinela que sobrecogía el ánimo. Menos mal que estaba una entre compañeros. Siempre he vivido entre ellos. No podías hacer otra cosa para sobrevivir. ¿Qué hacer? Todavía te quedaba algo de esperanza y de entusiasmo. No todo se había desmoronado en una y, con un poco de fantasía –porque en este mundo hay que tener algo de fantasía–, se iba tirando. En estas retiradas veíamos la parte de la vida más negativa, más cruel. Y eso no nos dejaba tiempo para las reflexiones. Ya estaban pasadas de moda. La realidad se imponía por esas carreteras y por esos

crearon el Partido de los Trabajadores de España–Unidad Comunista, que no obtuvo respaldo electoral. Sus miembros terminaron ingresando en el PSOE, aunque Carrillo, apelando a su trayectoria comunista, prefirió no hacerlo.

montes escapando a las tenazas del enemigo.

Y así llegué al final de la guerra.

* * *

Salí de Barcelona camino de Gerona y, luego, de Perpiñán. El éxodo barcelonés, como el éxodo de una gran ciudad, era inenarrable. El consiguiente drama por las carreteras, con los vehículos más inverosímiles, en los cuales se meten los menesteres domésticos y que, poco a poco, se van abandonando por los bordes. Nada más descorazonador que el espectáculo de una evacuación urbana.

Pudimos coger un camión que un grupo armado hasta los dientes había cogido para ir a la frontera. Parecía que llevara el oro y el moro por sus conversaciones misteriosas. Íbamos con la familia de Manolo³³, pues éste prefirió venirse con nosotros que seguir las peripecias del Comité Nacional de la CNT camino de Llansá, primera etapa del éxodo de ese Comité.

Nosotros fuimos primero a Gerona, donde recibimos un respetable bombardeo que causó víctimas. No había dónde meterse para toda aquella población itinerante que iba de paso para la frontera. Gentes alocadas, cogidas por el miedo animal, característico en esas ocasiones, gritando y llorando, saliendo

33 Casilda se refiere a Manuel Chiapuso.

como seres fantasmales envueltos en nubes de humo y de polvo. En La Junquera nos metimos en una iglesia que servía de depósito de víveres. En un desorden generalizado, los caminantes en dirección del exilio pisotearon los sacos de arroz y de lentejas, formando un piso de legumbres secas por donde se andaba como Pedro por su casa.

En algunos casos, los heridos de los hospitales fueron abandonados por los que estaban al frente de los establecimientos. Los habían dejado al albur. Así, los heridos que podían andar salían en medio de la carretera con los fusiles armados y hacían parar los camiones que pasaban y los hacían retroceder para evacuar los heridos indefensos y paralizados. Esto da la idea de lo que significa una evacuación de cientos de miles de personas. ¡Qué lejos estábamos de la euforia de 1936! Todos los países, cómplices objetivos o no, se las habían arreglado para ir aplastando lentamente a los verdaderos revolucionarios, quienes ahora iban a pordiosear la salvación de las vidas en el exilio. Dormíamos como podíamos. Como hacía frío y llovía –estábamos a principios de febrero de 1939–, nos calentábamos con neumáticos que nos llenaban de humo negro y pegajoso, mientras nos dejaba helada una parte del cuerpo.

En La Junquera no dejaban pasar hacia la frontera más que a mujeres, niños y ancianos. Allí abandonamos a los del camión. El grupo de jóvenes no sabía cómo pasar la frontera. Manolo vio marchar a su familia a la frontera: la compañera Consuelo, el chico y a sus dos hermanos menores, Josetxo y Maritxu, de 15 y 13 años, respectivamente. Después de andar errando un poco por los montes circundantes a La Junquera y que sirven

de frontera natural con Francia, Manolo se decidió a marchar solo por la montaña. Más tarde, Félix y yo pasamos por el paso de frontera.

IV. EXILIO

Por fin pasamos la frontera. Aquí se nos juntó la mujer de un amigo. Una mujer mucho mayor que yo. Cogimos un carrito abandonado, cargado de no se qué cosas heteróclitas –un verdadero bazar turco–. Tiraba yo de aquel condenado carro, de tal modo, que me sacaban fotografías. No había un fotógrafo de la prensa extranjera que no me disparase una bobina para enviar a su periódico. Debí andar por las redacciones, como símbolo del terrible éxodo de una población escapando a un enemigo todavía más terrible. Si hoy viera esas fotos, me parecerían de humor negro, sí, más negro que el carbón.

Así llegamos a un puerto. Resulta que nos separaron de Félix y del marido de mi compañera de apuros. Las dos mujeres teníamos más hambre que el perro de un jebo. En esto, un hombre cargado con una maleta se nos juntó. La puso encima del carro y, ¡jolín!, vaya ayuda para tirar del carro. Las francesas nos daban agua al pasar por la carretera. Y vengan más fotografías. Lo mismo sucedió cuando el combate de San Sebastián. Todos los fotógrafos internacionales que estaban en la ciudad –había muchos a causa de los campeonatos internacionales de tiro que se celebraban aquellos días– se

interesaban por nuestra acción. Yo, con aquel ftisilín, con aquellos pantalones, con mis setenta kilos que pesaba entonces, no había fotógrafo que se resistiese y no me apuntara con su objetivo. Y por ese camino sucedía igual, con la diferencia de que salía de la guerra muy delgada y sin fuerzas. Por eso me costaba tirar de la carreta.

Llegamos a la Playa de Saint Cyprien y no te quiero decir nada. Lo primero, había que escapar de los gendarmes. Buscaban a las mujeres para separarlas de los hombres. Yo lo conseguí y empecé a vivir en el campo entre ellos. Todos los que me conocían, todos, me daban algo de comer. Eso de que las mujeres tenían que acostarse con alguno para poder supervivir recibiendo alimentos, eso es mentira. Mentira que sólo denigra a sus autores. A mí todos me respetaban. No es que me respetasen, es que no ha habido siquiera uno que me haya hecho una proposición deshonesta. Al contrario. Decían:

–¡Coño! Estás aquí, Casilda.

–Pero qué... pero qué andas tú por aquí, mujer. ¿Por qué estás sola? ¿No tienes tu compañero aquí?

Yo respondía:

–Pues no, estoy sola.

El caso es que me daban algún terroncito de azúcar, harina cocida, alubias...; otros te daban ayuda moral. Me daban lo que tenían, y los pobres no tenían mucho. Así que no me morí de inanición.

Un día vinieron unos gendarmes y nos llevaron a unas cuantas mujeres con un trapito, como banderita. Y una servilleta de cuadros atada a la banderita. Los soldados negros³⁴ que nos guardaban, cuando veían a una mujer que había estado entre los hombres, se volvían furiosos. Sus jefes les debían hablar muy mal de nosotras. Yo creí que nos iban a matar. ¡Qué amenazas con los fusiles! Los *spahis*³⁵, no. Esos, nada, pero los negros se mostraban muy malos. Eran muy peligrosos para las mujeres.

En resumen, el comportamiento de las tropas francesas con los refugiados internados fue deplorable. Los oficiales se mostraban despreciativos, verdaderamente impersonales. Nos trataban como si fuéramos *sousdéveloppés*, subdesarrollados.

Los franceses, en general, tenían de los españoles una idea muy peregrina. A mí, una francesa me ha preguntado:

–¿Es que en España hay una fuente de éstas?

Y me mostraba una fuente común de la que corría el agua a borbotones. Las ideas preconcebidas son difíciles de desarraigar del espíritu de los pueblos. Seguramente, esa mujer había oído que estaba muy atrasada España y por eso la pregunta.

* * *

34 Tropas coloniales senegalesas.

35 Tropas coloniales reclutadas principalmente en Túnez, Argelia y Marruecos.

Yo no me escapé del campo francés. La noticia del avance de los alemanes permitió la libertad de muchos refugiados. Félix, que había salido del campo de Gurs³⁶, y yo, también libre, lo primero que hicimos fue dirigirnos a Bayona con la esperanza de entrar en contacto con el Gobierno Vasco.

Parece que una tiene la virtud de llegar en los momentos álgidos en que todo el mundo pierde el culo y la escopeta. En Bayona, una niña me reconoció:

–¡Oye! Tú eres Casilda, ¿no?

–Sí.

Entonces me habló del lugar en que me había conocido, pero yo no le hice mucho caso, preocupada por la situación.

Los alemanes estaban a punto de llegar a Bayona. Entonces, Félix le preguntó:

–¿Dónde está el Gobierno Vasco?

36 Por el campo de la localidad bearnesa de Gurs, situado a escasos kilómetros de Olorón, pasaron entre 1939 y 1943 más de 60.000 personas, 6.550 de ellas vascas. De hecho, fue construido a marchas forzadas en apenas 42 días para acoger refugiados vascos. No obstante, sus 382 barracas de madera, aptas, en principio, para 18.000 personas, quedaron desbordadas desde el mismo día de la inauguración, y albergaron no sólo a vascos, sino a otros exiliados republicanos y miembros de las Brigadas Internacionales. El hacinamiento y la falta de servicios hacían que las condiciones higiénico-sanitarias y, en definitiva, de vida fueran pésimas. Cuando Francia fue ocupada por el Ejército alemán, Gurs se convirtió en campo de concentración para judíos procedentes de diversas partes de Europa. Finalmente, 4.000 de ellos fueron conducidos a Olorón, desde donde fueron trasladados en tren a Auschwitz. El lugar en el que estuvo el campo de Gurs está acondicionado desde 1994 como parque de la memoria. Allí quedan 1.073 tumbas agrupadas en torno a dos monumentos, uno dedicado a las víctimas judías (la mayoría) y otro a los exiliados republicanos y de las Brigadas Internacionales. También hay un recuerdo expreso a la presencia de refugiados vascos.

–El Gobierno Vasco se ha marchado. Su domicilio no está lejos.

–Llévanos.

Y fuimos los tres. Pero pronto la chica se largó.

El Gobierno Vasco se habría llevado, sin duda, muchas cosas pertinentes e importantes, pero había dejado toneladas de archivos: contabilidad de fábricas, correspondencia de todo género, fichas de los batallones, etc. En la villa había un nacionalista, sobrecogido por la atmósfera especial, esa pesadez que produce el abandono del terreno cuando el enemigo avanza. Se alegró al vernos. Tomamos la iniciativa rápidamente:

–Esto hay que quemar. No se puede dejar en manos del enemigo.

–Sí, hay que quemar –respondió lacónicamente el nacionalista.

Pusimos manos a la obra. Pero, como la quema se desarrollaba lentamente, Félix construyó un horno muy provisional en el jardín. Había que acelerar la incineración de la papelada. Había alrededor toda una serie de villas. Nadie se dio por aludido y pudimos estar quemando casi una noche entera.

Qué difícil es quemar papel. No se sabe hasta vivir la experiencia. Quemar montañas de papel, ¡vaya trabajo! Era preciso ventilar constantemente la chimenea del horno improvisado buscando un tiro más rápido. Un humo espeso y

negro iba secando los árboles cercanos, y no digamos las hojas, que se abarquillaban y caían como insectos muertos.

Y, a todo esto, los alemanes ya estaban pasando por la carretera camino de la frontera de Hendaya. Todo olía ya a chamusquina, no sólo por el papel quemado, sino también por la llegada de las tropas alemanas.

Dormimos un poquito y, de madrugada, nos marchamos a correr la aventura, preocupados por la acogida que nos harían. Fuimos a Burdeos. En general, dejaron a los refugiados tranquilos, excepto a algunos que fueron molestados por considerarlos judíos.

Teodomiro Menéndez, que estaba en la ciudad bordelesa, fue entregado a las autoridades franquistas³⁷. Creo que este diputado se suicidó tirándose por la ventana de la comisaría o de la Cárcel Modelo. No estoy segura. Hablo de memoria, únicamente.

En Burdeos vivaqueamos un poco, justo para sobrevivir, gracias al trabajo. Encontramos amigos de San Sebastián y forjamos un pequeño círculo que se alimentaba de recuerdos y nostalgias del pasado reciente y lejano. Pero siempre con la

37 Teodomiro Menéndez (1879–1978), político y sindicalista socialista de dilatada trayectoria. En 1934, tras el fracaso de la Revolución de Asturias, fue detenido y condenado a muerte. El triunfo del Frente Popular en 1936 lo rescató de la cárcel de El Dueso. Derrotada la República, tomó el camino del exilio. En 1940, fue efectivamente detenido en Burdeos por la Gestapo y entregado a las autoridades españolas, más o menos al mismo tiempo que otros destacados dirigentes, como Julián Zugazagoitia o Lluís Companys. Como ellos, fue condenado a muerte. Sin embargo, y en esto la memoria o, más probablemente, la información que circuló en su día entre los refugiados traiciona a Casilda, Menéndez ni se suicidó, ni fue ejecutado, pues la sentencia le fue conmutada por una pena de 30 años de cárcel. Fue excarcelado en 1950.

mosca en la oreja respecto a la conducta de los alemanes.

Un día corrió el rumor de que el Consulado español iba a dar la carta consular a todo el que se presentase. Antes de la hora normal de apertura, un grupo de unos veinte refugiados se juntó frente al Consulado. Una vez dentro, fueron recibidos por el canciller, quien empezó a largar una homilía de cura ideológico. Según él, entre los presentes debía haber ladrones y asesinos. Alguien gritó:

–Usted, el primero.

En un santiamén se quedó más solo que un hongo. Este era el lenguaje que empleaban por todas partes cuando hablaban de los refugiados. El canciller de Burdeos carecía de la menor psicología. Los hay que tienen la cabeza cuadrada.

* * *

La vida era difícil. Sin trabajo y sin perspectivas, mucha gente se acogió a la llamada de los alemanes para que los obreros trabajasen en la organización Todt³⁸. Era una propaganda machacona puntualizando las grandes ventajas de tipo económico para los trabajadores.

38 Organización creada por el jerarca nazi Fritz Todt, a quien debía su nombre. Dependía del Ministerio de Armamento alemán, y encuadró, de fuerza o de grado, a millones de trabajadores de toda Europa, desertores, prisioneros de guerra, refugiados... La mayoría de ellos contribuyeron en régimen de semiesclavitud al esfuerzo bélico del Reich.

De Burdeos, un grupo de San Sebastián se fue a trabajar a Lorient –en la Bretaña–, a construir una base submarina³⁹ y todos los anexos correspondientes, amén de aeródromos. Entre esos refugiados estaba Félix.

Cuando supo que la vida era potable en Lorient, que las condiciones indicadas en Burdeos para pagar el trabajo las cumplían los alemanes –ya podían hacerlo, pues en realidad la ocupación la pagaban los franceses–, me fui para ese puerto bretón. Muchos habitantes de Lorient abandonaron las casas ante el enorme flujo de trabajadores franceses y extranjeros, contratados para trabajar en la industria de guerra. Se decía que las represalias no tardarían en recaer sobre la ciudad.

En Lorient nos instalamos en un piso y los que llegaron a tiempo pudieron hacerlo con nosotros. Otros se instalaron en los alrededores. Holandeses, flamencos, valones, españoles, italianos, llegados más tarde, fueron albergados en los *Lager*.

Lorient era un hormiguero. Una recordaba esos filmes del Far-West en que se construían las nuevas ciudades en una atmósfera de actividad febril. Las calles llenas de gente, los bares repletos, los cines de bote en bote, aunque la mayoría fueron requisados para los alemanes. Además, miles de

39 La de Lorient, construida por la organización Todt entre 1941 y 1944, fue la base submarina más importante de la Kriegsmarine en el Atlántico. Albergó la segunda y décima flota de los llamados U-boote. Fue objetivo prioritario de la resistencia, que consiguió hacer llegar los planos a los aliados y protagonizó reiterados ataques y sabotajes. Los aviones británicos y estadounidenses también se emplearon a fondo en sus *raids* aéreos, que no consiguieron destruir la base, pero arrasaron la ciudad. Tras la liberación, las autoridades francesas le otorgaron la consideración de «muerta por la patria» y la condecoraron con la Legión de Honor y la Cruz de Guerra. La base sigue en pie. En la actualidad, acoge actividades empresariales, de ocio y culturales.

obreros llegaban todas las mañanas en trenes y autobuses. De Quimper, Quimperé, Rosporden, Vannes. Y por la tarde efectuaban el recorrido a la inversa. La estación, en el momento del embarque o desembarque de los obreros, se asemejaba a una colmena que dejaba salir o entrar a las obreras en su tarea de chupar flores. Las enormes filas de gente hablando tantas lenguas diferentes parecían predecir las aglomeraciones del futuro en las que sólo se consideraría patriótico el lugar de trabajo. Pero no duró mucho esta vida un tanto arcadiana. La guerra tenía que demostrar su vigencia mortal y su cola de servidumbres y de sufrimientos.

Primeros balbuceos de la resistencia francesa. Primeros sabotajes. Luego el espionaje de los trabajadores para darlos a conocer a los ingleses. Y más tarde, pasado ya el peligro de una invasión alemana en Inglaterra, los ingleses comenzaron sus bombardeos, poco eficaces, primeramente, dado las pequeñas escuadrillas. Todavía no había entrado en la danza Estados Unidos. A medida que los trabajos avanzaban, que los planes tomaban cuerpo, los bombardeos se volvían más mortíferos. Y, ya cuando la base submarina comenzó a funcionar, se veía salir de la base a los submarinos y hundirse inmediatamente en las aguas de la bahía, en busca de los convoyes de cargueros que atravesaban el océano Atlántico bien custodiados, pero muy vulnerables. Una gran arma, la submarina, por su eficacia y su carácter psicológico. El número de barcos hundidos fue considerable y el abastecimiento de Inglaterra fue amenazado. Por el contrario, el regocijo en la base submarina alcanzaba grados superlativos cuando llegaban los submarinos con la cubierta llena de gallardetes, símbolo del número de barcos hundidos. Un coro de aplausos, hurras y gritos les recibía.

Un día comenzó la destrucción de la ciudad barrio por barrio. Uno, por noche de bombardeo. Bombas incendiarias y bombas explosivas daban a Lorient una tonalidad fantástica. Bengalas iluminando el cielo para descubrir los aviones atacantes, proyectores rastreando el espacio en busca del enemigo, balas rasantes, proyectaban un espectáculo de luz y sonido de lo más técnico y moderno. Y, en medio, inmóviles, las famosas «salchichas», grandes globos que defendían a la ciudad.

Destruída, la ciudad se quedó vacía. Todos sus habitantes, indígenas o no, se desperdigaron por la región. Sólo quedaron media docena de casas de pie. En una de ellas vivíamos Félix y yo, una villita que escapó a la destrucción, precisamente por ser diminuta.

Fuera de las horas de trabajo se veía poca gente. Y menos por la noche. Las ruinas servían para las emboscadas y ataques contra los alemanes que se aventuraban solitarios o en grupitos. La navaja barbera, el puñal y las pistolas buscaban el calor de los cuerpos enemigos.

Yo no he tomado parte abiertamente en la resistencia. Marginalmente, sí. Había franceses que tenían confianza en una, y otros no. Lo mejor era, pues, ayudarles en sus trabajos sin pertenecer a ninguna de las organizaciones que formaban la resistencia al ocupante⁴⁰.

40 «[Tomar parte en la resistencia] Es inevitable. Todo el que está viviendo allí en unas condiciones como las nuestras tiene que tomar parte, de una forma u otra. Había muchos que venían a refugiarse a nuestra casa y cosas por el estilo. Pero Félix no quería pertenecer a ningún partido comunista y tampoco a la resistencia oficial del Ejército francés, así es que tampoco estuvimos organizados». Punto y Hora, ob. cit.

A nuestra casa la llamaban el Consulado Vasco, porque muy a menudo un grupo de vascos se juntaba con nosotros para pernoctar y verse envuelto en la atmósfera del terruño. Por casa ha pasado lo más florido de la españolada resistente en esa zona. Yo me encargaba de buscar la leche, de hacer las comidas, de vigilar la calle. Mi justificación en la ciudad consistía en hacer trabajos de limpieza y, de este modo, yo me enteraba de muchos movimientos. Y estos chicos estaban al corriente de todo para organizar sus golpes. Pero pertenecer directamente a la resistencia, lo repito, no, por no ser francesa.

De nuestro Consulado Vasco salían hombres a sabotear las líneas de ferrocarril, a destruir transformadores o máquinas indispensables para el buen funcionamiento de la base, incluso a efectuar ataques a cuartelillos. Por eso, una vivía en tensión, con sicología de centinela permanente. De cuando en cuando, solíamos tener visitas de la policía alemana. Sólo buscaba hombres. La *frau* no les interesaba.

Una vez cometí una imprudencia. Al marcharme, cerré con candado la reja de la calle. Félix se había quedado en la cama. Una patrulla se mosqueó a la vista del candado cerrado. Y saltó la verja para inspeccionar la casa. Menos mal que teníamos un perro. Sus ladridos despertaron a Félix. En esto llegué yo, temerosa de presentarme demasiado tarde. Todavía no habían subido los policías a la habitación. Me preguntaron por el *monsieur*. Yo fui tajante en que no tenía *monsieur*. Ellos me enseñaban la señal del cuerpo en la cama. Yo decía que era el mío. Luego:

—¿Qué hace usted aquí?, ¿en una ciudad destruida?

–Ganarme la vida.

–¿Cómo?

–Limpiando oficinas.

Entonces subieron al granero. Yo estaba sobre ascuas, preguntándome dónde podía estar Félix. ¿Habría salido por la claraboya del granero? Poco después les vi bajar solos. Respiré. Bajé con ellos hasta abajo. Y cuando se marcharon, cuál no sería mi sorpresa al ver a Félix que bajaba la escalera tranquilamente. Se había escondido en el granero detrás de la puerta, hecho un ovillo, con varias mantas encima, como si fuese un montón de ropa de cama.

Menos mal que no se les ocurrió pegar una patada en el bulto.

Todos los que venían a casa tenían mucha confianza en mí. Incluso el jefe de todos ellos. Se llamaba Barrios, comunista⁴¹. Yo sabía que él debía ir a Rennes, al cuartel general de la resistencia de aquella zona. Le dije que yo tenía necesidad de ir allí para comprar cosas que se necesitaban para supervivir en

41 Joaquín Barrios (Barrio, en algunos textos), comunista asturiano que, bajo el nombre de guerra de Ricardo Díaz, dirigió la resistencia española en la zona de Rennes. La memoria o, como en el caso antes citado de Menéndez, probablemente la información que circuló en su momento entre los refugiados vuelve a traicionar a Casilda, pues Barrios no murió asaltando una comisaría, sino que fue detenido en 1942 y conducido a la prisión de Eysses, sita en la localidad de Villeneuve-sur-Lot. El Gobierno de Pétain pretendió convertirla en un centro de alta seguridad y condujo allí a los presos que consideraba más peligrosos. Sin embargo, la combatividad de éstos pronto se convirtió en un quebradero de cabeza para las autoridades colaboracionistas. De hecho, tras un intento de evasión fallido a principios de 1944 que terminó en batalla campal, algunos de ellos fueron fusilados y otros muchos deportados al campo de concentración alemán de Dachau. Entre ellos se encontraba Barrios, que falleció allí.

aquella atmósfera de tensión constante. No puso inconveniente y me invitó a acompañarle. Me dio para el viaje un permiso falso. Llegamos muy tarde. La noche bien caída. Me recomendó a sus camaradas:

–Es muy buena camarada. Dadle buena cena y buena cama.

Y se separó de mí con aire triste:

–Duerme bien. Quizá no nos veamos más.

Y, efectivamente, aquella misma madrugada hubo un asalto de los resistentes a una comisaría. Murieron diez en la refriega. Entre ellos, Barrios. A mi vuelta a Lorient, no podía quitar de mis pensamientos el sacrificio humano, el holocausto, que imponía el combate por la justicia.

* * *

También estuvimos en París. La CNT se había organizado y había entrado en contacto con el interior. En el horizonte se iban perfilando esperanzas un tanto fundadas. A las victorias fulgurantes de los alemanes seguían derrotas no tan fulgurantes, pero que ya anunciaban el declive del Gran Reich.

¿A dónde fuimos a parar? A casa de un anarquista que conocía Manolo. Una maravilla de hombre. Le llamábamos el fósil, porque tenía de la sociedad unas ideas tan puras que nos

dejaba turulatos.

En buen sitio caímos. Linotipista, solía hacer las líneas de plomo en el diario donde trabajaba, y, en casa, en una bodega en la que entraba el aire por todos los rincones, pues no tenía puertas, confeccionaba las octavillas contra la ocupación alemana. No quería que las repartiéramos nosotros. Él y su mujer, aunque vivían separados, se iban por los pasillos del metro a difundirlas. A todo esto, su casa estaba pegada a una villa en donde vivían policías alemanes. En fin, que en París vivíamos en un polvorín.

En París, aunque no pasamos hambre, sí necesidad. Una soñaba con una buena comida. Un par de huevos fritos fue mi obsesión.

Cuando el hambre te penetra el cerebro, te sigue diariamente. Y nos volvimos para Bretaña, con la intención de levantar el ancla lo antes posible para volver a los Bajos Pirineos, a Biarritz. Y cumplimos el programa.

En la primavera de 1943 nos instalamos en Biarritz, en el mismo piso que vivo actualmente, en 1980.

Qué emoción ver la costa y los montes que fueron amigos de tu niñez. Los faros de Higuer y de Igueldo, con sus luces intermitentes, me recordaban las excursiones por el monte Igueldo y el Jaizkibel. Nueva vida se preparaba, relacionada aún con nuestras ilusiones.

Las declaraciones de los aliados respecto al futuro de los pueblos ibéricos nos llenaban de esperanza. Nuestros

contactos con el interior nos animaban de nuevo al combate social.

Gente que pasaba la frontera en las dos direcciones te informaba de la situación.

La tierra era poderoso imán que te hacía andar por los aires de la ilusión.

Poco después del terrible bombardeo que recibió Biarritz –hubo muchos muertos, una verdadera carnicería⁴², vino a cantar el Orfeón Donostiarra en el Casino de Biarritz. Nos encontramos algunos conocidos.



42 Aviones estadounidenses bombardearon Biarritz y Anglet el 27 de marzo de 1944. Aunque el principal objetivo era el aeropuerto de Parma, los civiles se llevaron la peor parte, pues entre ellos se computaron alrededor de 150 muertos.

Con compañeros en Biarritz. Casilda en el centro agachada.
Liquiniano con *txapela*

Tal fue el deseo de querernos los unos a los otros que nos invitaron a ir con ellos a San Sebastián, sin ningún riesgo, pues el paso de frontera estaba asegurado.

No había necesidad de pasaportes, pues el coronel Ortega era de la fiesta, el cancerbero del paso fronterizo. Yo, por mí, hubiera saltado dentro, pero Félix me cortó los vuelos.



Biarritz, años cincuenta. Liquiniano con sus padres,
y Casilda con su hermana Adela

* * *

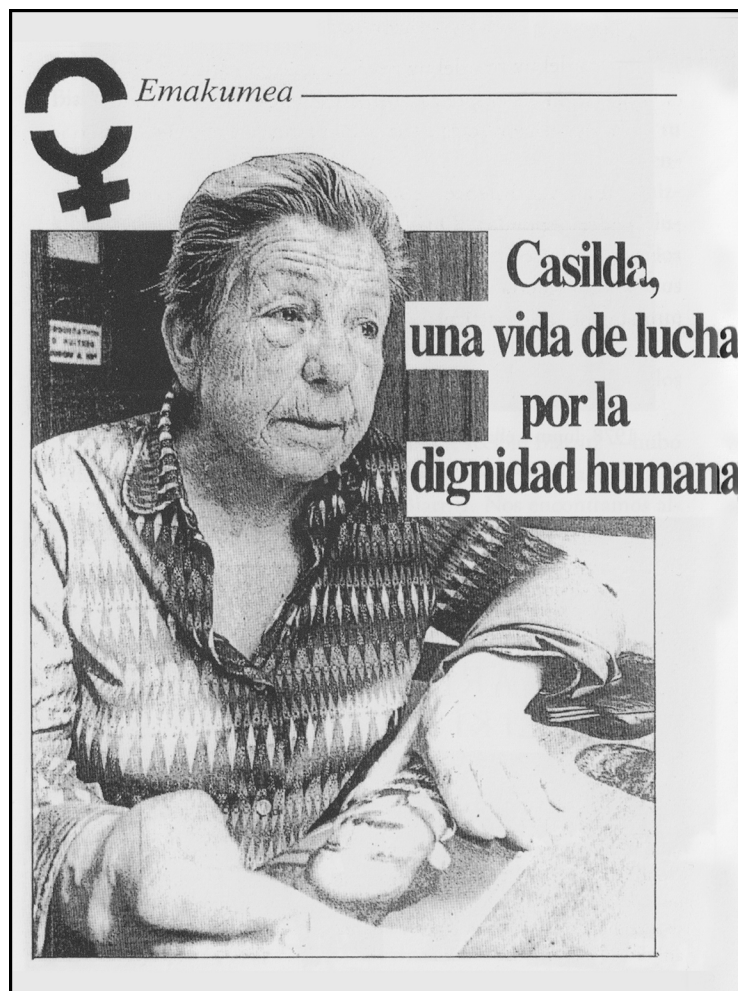
Todo lo que yo pueda contar de mis actividades no tiene el menor interés. Son cosas personales que tienen, naturalmente, importancia determinada, pero que no significan nada en el conjunto humano, en lo que es la historia del mundo. Siendo por naturaleza bohemia, creo que seguiré siempre así. Mientras tenga vida y mientras haya un poco de relación social. Las cosas particulares no son para contar.

En cuanto al balance de mi vida, me veo en un compromiso para poder responder. ¿Qué balance? ¿Puede tener un valor determinado la actuación de una persona a través de su vida? Es posible. Pero en una guerra como la nuestra, en que lo popular se mezcló íntimamente a lo particular, me parece difícil. No sé. No lo creo. De todos modos, este punto litigioso lo deben resolver los demás⁴³



43 Casilda, que como queda dicho falleció el 31 de agosto de 1992, fue enterrada en el cementerio de Biarritz, en la misma tumba que su compañero Félix Liquiniano. Por iniciativa de su amiga Begoña Gorospe, se colocó la siguiente inscripción: “Andra! Zu zera bukatzen ez den sua” (mujer, tú eres el fuego que no se apaga). Una pieza metálica que representa alegóricamente esta idea, obra de la artista Laura Esteve, fue asimismo colocada en la estela discoidal erigida sobre la tumba en memoria de Liquiniano.

Homenaje a Félix y Casilda en Arrasate al comienzo de los '80 (donde se crió Félix)



Encabezamiento de la entrevista que Punto y Hora realizó a Casilda en 1987.
Casilda a sus 73 años, presentaba este aspecto.